

EL REGRESO DEL MAS ALLA

Keith Luger

CIENCIA FICCION



EL REGRESO DEL MAS ALLA

Keith Luger

CIENCIA FICCION



ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

395-*El único que volvió*-Curtis Garland

396-*Made in Marte*-Adam Surray

397-*Galaxias enemigas*-Curtis Garland

398-*Las amazonas de Sirox*-Joseph Berna

399-*Fórmula para disolver planetas*-Glenn Parrish

KEITH LUGER

EL REGRESO DEL MAS ALLA

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 400

Publicación semanal.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: febrero, 1972

2.ª edición: abril, 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así

como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.A.

Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1978

CAPÍTULO PRIMERO

—Aquí «*Cohete Rojo*». Terminada nuestra misión en Saturno. Regresamos a la Tierra.

—Aquí estación de Control Espacial número 3. Enhorabuena, comandante Mason. ¿Logró las muestras?

—Tenemos todas las muestras que nos pidieron... Y un poco de queso que sobró de la merienda. Corto y fuera.

El copiloto de la aeronave, capitán Milton Reisner, soltó una risita.

—Un día te van a cortar las alas, Richard. Sabes que el general Blondell no admite bromas con las misiones.

—El general no tiene sentido del humor.

—Estaría bien que desde el Control le diesen el parte: «La misión "*Cohete Rojo*" vuelve con las muestras de Saturno y con un poco de queso que sobró de la merienda». Apuesto a que el general te mandaría al planeta Gélido.

—No me gustaría. Allí las mujeres están siempre muy frías.

—¿No lo sabes? Han puesto calefacción.

—La teniente Miriam Bruce estuvo en el planeta Gélido durante dos meses. Y no quiso ver a un hombre. Se interrumpieron todas sus facultades amatorias. Se dedicó sólo a la ciencia. Escribió un ensayo en tres tomos sobre la vida de los pingüinos.

—¿Por qué no de las pingüinas?

Los dos rieron.

El sargento Barry Brian entró en la cabina de mando de la aeronave.

—Comandante, está pasando algo anormal.

—¿Qué es, Barry?

—Una de las muestras que recogimos en Saturno está produciendo radiaciones.

—Experimentamos con ellas en Saturno y ninguna dio positivo en radiaciones.

—El detector de la sección de equipajes está marcando una radiación por encima de lo normal. En vista de eso, he usado mi detector manual y también él ha dado positivo.

—¿Y el doctor Harvey?

—Está durmiendo.

—Despiértalo, Barry. Y que vaya a la cabina de transporte. Necesito un informe rápido.

—Sí, señor.

El sargento Brian se retiró.

El capitán Reisner observó la pantalla.

—Ningún cuerpo extraño en nuestro camino, Richard. Velocidad normal. Presión óptima.

El capitán Reisner y el comandante Mason estaban identificados. Habían realizado más de un centenar de servicios juntos. Y tenían el mismo hobby: las mujeres.

El comandante Richard Mason tenía treinta y dos años y el capitán Milton Reisner veintiocho.

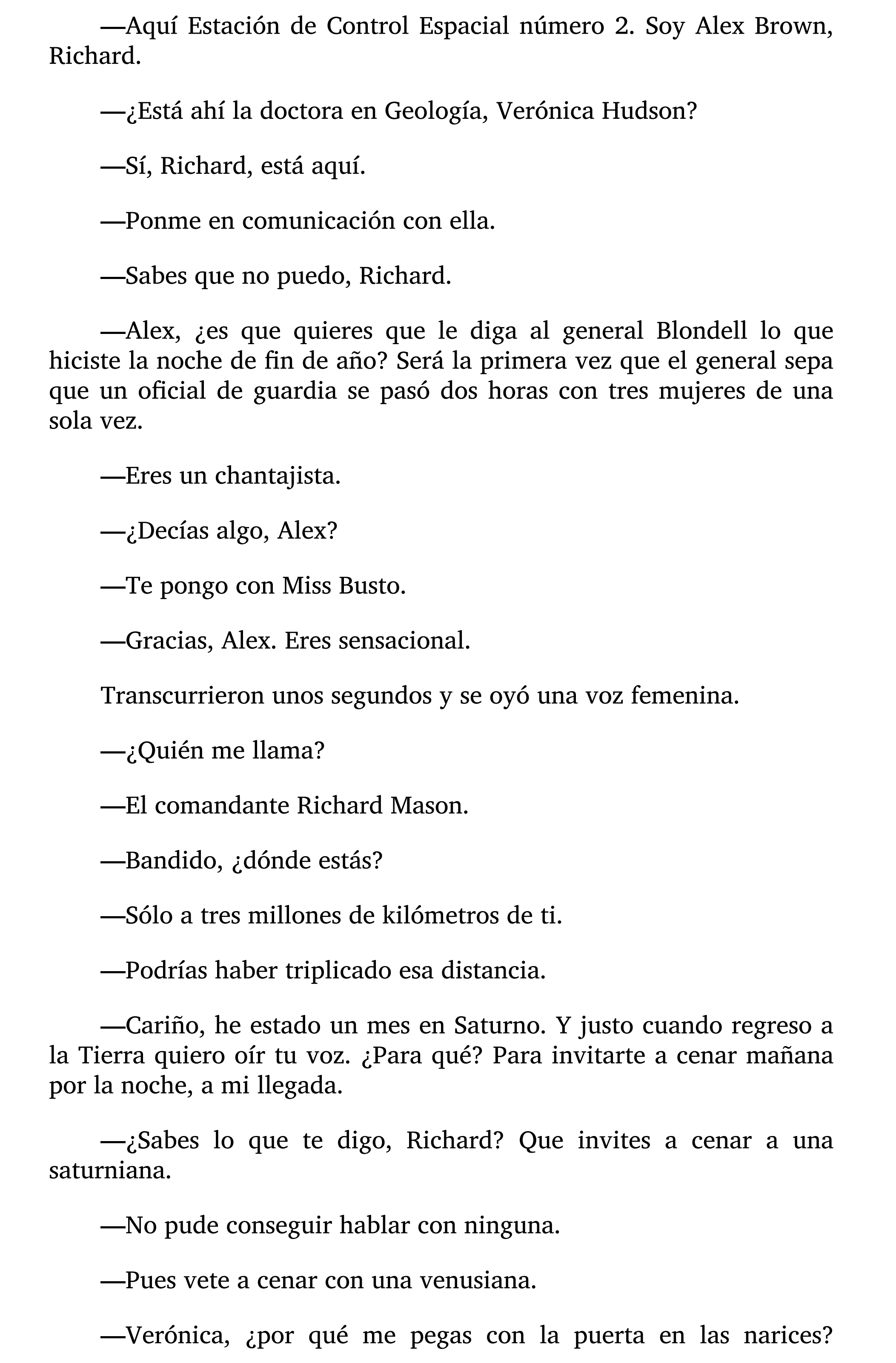
—¿Con quién vas a salir cuando llegues a la Tierra, Richard?

—Lo sabrás en seguida.

El comandante estableció contacto con la Estación de Control Espacial número 2.

—¿Qué haces, Richard?

—En la número dos está nuestro amigo Alex Brown… Aquí «*Cohete Rojo*», identificación. Soy el comandante Richard Mason.



—Aquí Estación de Control Espacial número 2. Soy Alex Brown, Richard.

—¿Está ahí la doctora en Geología, Verónica Hudson?

—Sí, Richard, está aquí.

—Ponme en comunicación con ella.

—Sabes que no puedo, Richard.

—Alex, ¿es que quieres que le diga al general Blondell lo que hiciste la noche de fin de año? Será la primera vez que el general sepa que un oficial de guardia se pasó dos horas con tres mujeres de una sola vez.

—Eres un chantajista.

—¿Decías algo, Alex?

—Te pongo con Miss Busto.

—Gracias, Alex. Eres sensacional.

Transcurrieron unos segundos y se oyó una voz femenina.

—¿Quién me llama?

—El comandante Richard Mason.

—Bandido, ¿dónde estás?

—Sólo a tres millones de kilómetros de ti.

—Podrías haber triplicado esa distancia.

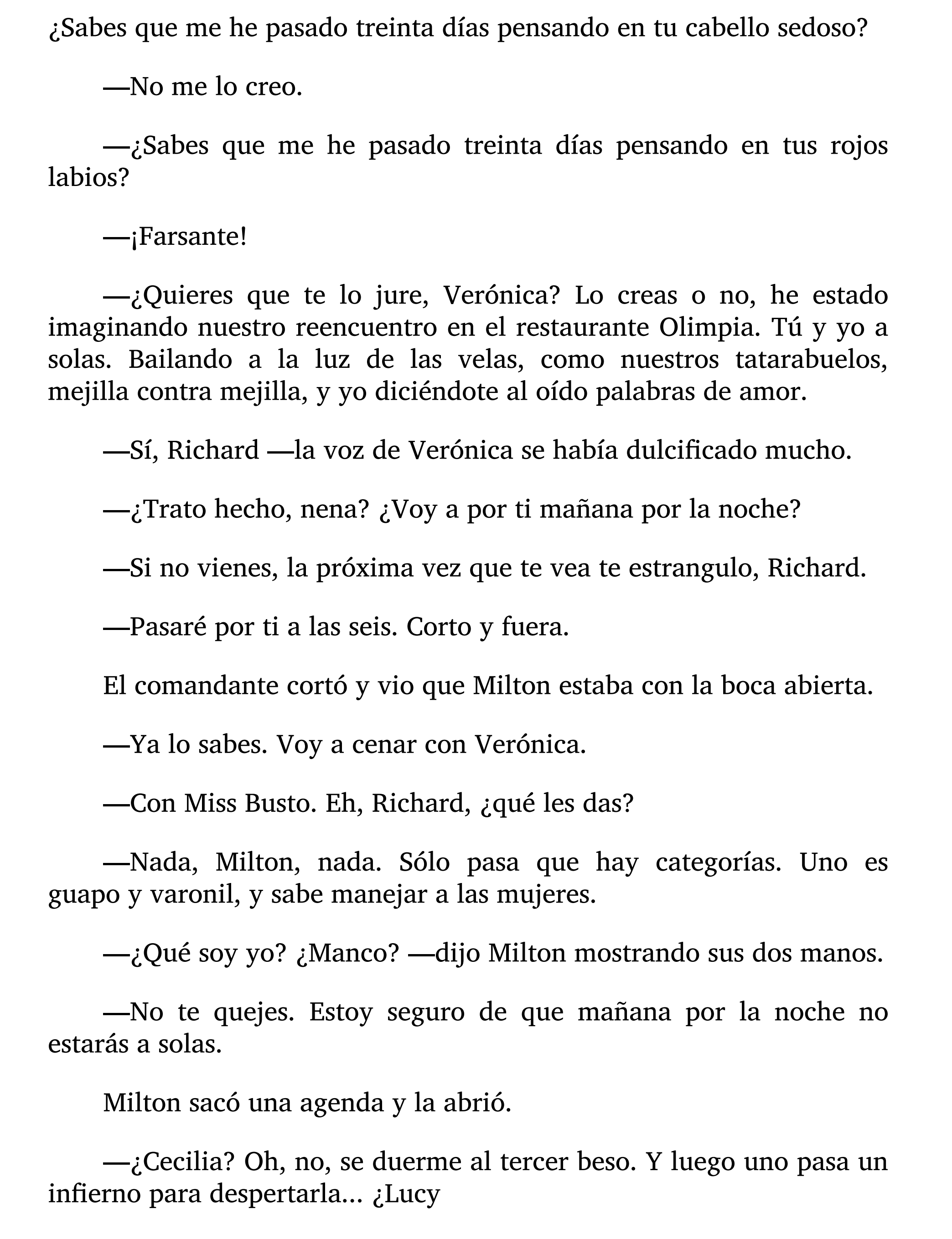
—Cariño, he estado un mes en Saturno. Y justo cuando regreso a la Tierra quiero oír tu voz. ¿Para qué? Para invitarte a cenar mañana por la noche, a mi llegada.

—¿Sabes lo que te digo, Richard? Que invites a cenar a una saturniana.

—No pude conseguir hablar con ninguna.

—Pues vete a cenar con una venusiana.

—Verónica, ¿por qué me pegas con la puerta en las narices?



¿Sabes que me he pasado treinta días pensando en tu cabello sedoso?

—No me lo creo.

—¿Sabes que me he pasado treinta días pensando en tus rojos labios?

—¡Farsante!

—¿Quieres que te lo jure, Verónica? Lo creas o no, he estado imaginando nuestro reencuentro en el restaurante Olimpia. Tú y yo a solas. Bailando a la luz de las velas, como nuestros tatarabuelos, mejilla contra mejilla, y yo diciéndote al oído palabras de amor.

—Sí, Richard —la voz de Verónica se había dulcificado mucho.

—¿Trato hecho, nena? ¿Voy a por ti mañana por la noche?

—Si no vienes, la próxima vez que te vea te estrangulo, Richard.

—Pasaré por ti a las seis. Corto y fuera.

El comandante cortó y vio que Milton estaba con la boca abierta.

—Ya lo sabes. Voy a cenar con Verónica.

—Con Miss Busto. Eh, Richard, ¿qué les das?

—Nada, Milton, nada. Sólo pasa que hay categorías. Uno es guapo y varonil, y sabe manejar a las mujeres.

—¿Qué soy yo? ¿Manco? —dijo Milton mostrando sus dos manos.

—No te quejes. Estoy seguro de que mañana por la noche no estarás a solas.

Milton sacó una agenda y la abrió.

—¿Cecilia? Oh, no, se duerme al tercer beso. Y luego uno pasa un infierno para despertarla… ¿Lucy

—Una chica de campeonato. Te la recomiendo.

—Tiene cosquillas.

—Pero resulta divertida.

—¡No, no quiero pasarme todo el rato riendo!

El comandante resbaló la mirada por el cuadro de dirección de la nave y dio un respingo.

—Eh, Milton, nos hemos desviado.

—No es posible. Está funcionando el piloto automático.

—Pues el piloto automático se estropeó.

Milton observó también los diferentes cuadros de dirección.

—¡Demonios! Por este camino no llegaremos a la Tierra.

—Rectifica los cohetes de babor. Cuatro grados a la derecha.

—Cohetes de babor rectificados.

—La dirección sigue siendo la misma. Sólo ha variado medio grado.

—He hecho la rectificación, Richard.

—Inténtalo otra vez.

—De acuerdo... Rectificación realizada.

—¿Qué demonios pasa aquí?

Milton miró al radar.

—Cuerpo extraño a trescientos mil kilómetros.

Richard Mason contempló también el radar.

—Informe del computador. Localización.

—El cuerpo extraño tiene unas dimensiones desconocidas.

—No puede ser. No existe ninguna información con respecto a un cuerpo extraño en el Cuadrante 28.

—¿Un meteoro?

—No digas tonterías, Milton. Un meteoro se habría dispersado antes de que llegásemos a esta distancia. El cañón-láser automático lo habría deshecho. ¿O me vas a decir que el cañón-láser automático se ha estropeado?

—Parece que funciona. No se ha encendido la luz roja de advertencia. ¿Quieres que haga un disparo sobre ese cuerpo?

—No, Milton. Podría ser una nave.

—¿Una nave? Somos los únicos que realizamos una misión en este Cuadrante. Déjame que dispare el láser.

—Permiso denegado, capitán Reisner.

El sargento Barry Brian entró en la cabina seguido por el doctor Harvey.

—Comandante, aquí está el doctor con su informe.

Harry Harvey era un hombre de unos cincuenta años. Carraspeó fuertemente y dijo:

—Las radiaciones han subido a un grado muy peligroso, comandante. Llegan al noventa por ciento.

—¿Cómo es posible? Usted hizo un examen de las muestras en Saturno y dieron un resultado negativo.

—Yo tampoco me lo explico, comandante. Pero lo cierto es que ahora una de esas muestras está produciendo unas terribles radiaciones.

Mientras hablaban, el capitán Milton estaba tratando de recuperar el mando de la aeronave. Dio un bufido.

—No puedo, Richard. Esta nave no depende de nosotros.

—Es absurdo. Tenemos que conservar el control o iremos a parar al mismísimo infierno.

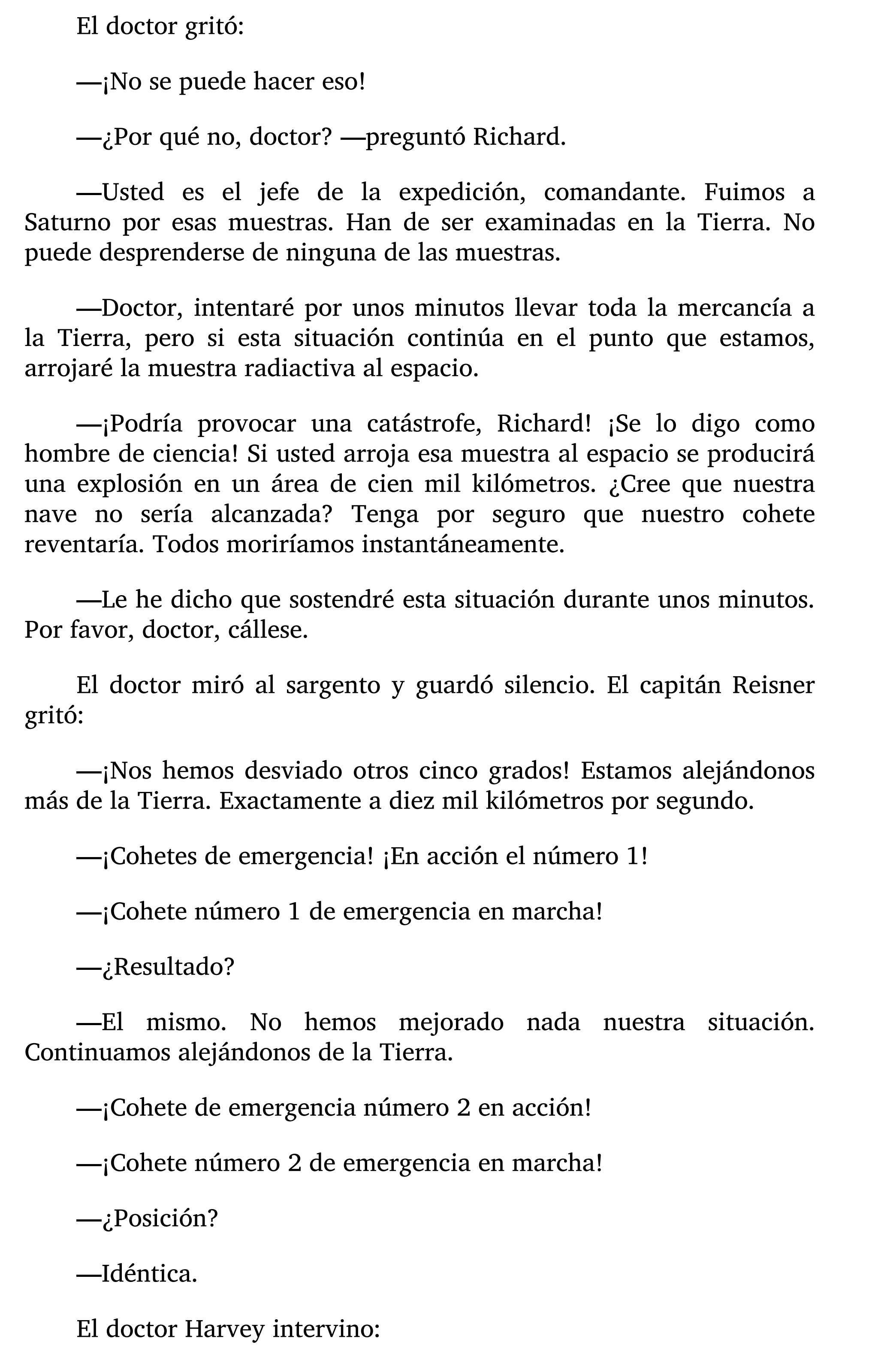
El sargento Brian se puso pálido.

—Comandante, ¿quiere decir que no son ustedes dueños de la nave?

—No, no lo somos, de momento.

El sargento Brian agregó:

—Comandante, propongo que desalojemos la muestra que produce las radiaciones.



El doctor gritó:

—¡No se puede hacer eso!

—¿Por qué no, doctor? —preguntó Richard.

—Usted es el jefe de la expedición, comandante. Fuimos a Saturno por esas muestras. Han de ser examinadas en la Tierra. No puede desprenderse de ninguna de las muestras.

—Doctor, intentaré por unos minutos llevar toda la mercancía a la Tierra, pero si esta situación continúa en el punto que estamos, arrojaré la muestra radiactiva al espacio.

—¡Podría provocar una catástrofe, Richard! ¡Se lo digo como hombre de ciencia! Si usted arroja esa muestra al espacio se producirá una explosión en un área de cien mil kilómetros. ¿Cree que nuestra nave no sería alcanzada? Tenga por seguro que nuestro cohete reventaría. Todos moriríamos instantáneamente.

—Le he dicho que sostendré esta situación durante unos minutos. Por favor, doctor, cállese.

El doctor miró al sargento y guardó silencio. El capitán Reisner gritó:

—¡Nos hemos desviado otros cinco grados! Estamos alejándonos más de la Tierra. Exactamente a diez mil kilómetros por segundo.

—¡Cohetes de emergencia! ¡En acción el número 1!

—¡Cohete número 1 de emergencia en marcha!

—¿Resultado?

—El mismo. No hemos mejorado nada nuestra situación. Continuamos alejándonos de la Tierra.

—¡Cohete de emergencia número 2 en acción!

—¡Cohete número 2 de emergencia en marcha!

—¿Posición?

—Idéntica.

El doctor Harvey intervino:

—¿Qué es eso que refleja el radar?

—Un cuerpo extraño —le contestó el capitán Reisner.

El comandante Mason apretó un botón. Se encendió una pantalla. Las cámaras televisivas que recogían la imagen de cualquier cuerpo situado hasta doscientos mil kilómetros del «*Cohete Rojo*» captaron aquel cuerpo extraño.

—¡Un planeta! —exclamó el doctor Harvey.

Efectivamente, veían una esfera con una forma muy parecida a la Tierra.

—¿Qué planeta es ése? —preguntó el capitán Reisner.

—No lo sé —contestó el comandante—. No está situado en nuestras cartas geográficas. ¿Qué tiene que decir, doctor?

—Estoy tan asombrado como usted, comandante. He viajado más de una docena de veces por esta área y nunca vi el planeta.

—Tiene tierras y mares —exclamó el capitán.

El comandante abrió la comunicación.

—Aquí «*Cohete Rojo*» llamando a la Estación de Control Espacial número 3. Nos encontramos ante una emergencia. Responda.

No se oyó nada.

El comandante Mason cambió los diales.

—Aquí «*Cohete Rojo*» llamando a la Estación de Control Espacial número 2. Nos encontramos ante una emergencia. Responda, Alex Brown.

Se hizo un nuevo silencio.

El capitán Reisner dio un suspiro.

—No sigas, Richard. Perdimos el contacto.

—Sargento.

—A la orden, comandante.

—Arroje la muestra radiactiva.

—¡No! —gritó el doctor.

—¡Arrójela, sargento! —repitió el comandante Mason.

—Sí, señor.

El sargento Brian se dispuso a salir de la cabina, pero el doctor Harvey lo asió por el brazo.

—¡No haga eso, doctor!

El doctor golpeó en la barbilla a Brian, el cual se derrumbó.

Richard Mason saltó de su sillón.

—¡Continúa con el mando, Milton!

Avanzó rápidamente hacia donde estaba el doctor y le golpeó en el estómago y luego en el pómulo. El doctor cayó perdiendo el sentido.

Barry Brian se levantó tambaleándose.

—Sargento —dijo el comandante—. Cumpla la orden. Arroje al espacio la muestra radiactiva.

—En seguida, comandante.

Richard echó un vistazo al doctor, que continuaba sin conocimiento, y se dirigió hacia el sillón. Reisner le informó:

—Ha disminuido la distancia que nos separa del planeta desconocido. Ya estamos a 50.000 kilómetros. Pero chocaremos inevitablemente si continuamos así.

Se oyó un pitido. Estaba sonando la sirena de emergencia. El sargento la hacía sonar antes de arrojar la muestra.

Automáticamente, se puso en marcha el blindaje de emergencia de la aeronave, un blindaje especial con el que se recubrían las paredes para un caso como aquel.

Luego oyeron la voz del sargento.

—Listo para desalojar la muestra…

—Atención, sargento… Cinco… Cuatro… Tres… Dos… Uno… ¡Fuera!

Se oyó como una especie de suave estampido.

El cielo se iluminó. Primero vieron un color amarillento, luego sobrevino una explosión más fuerte y el amarillo fue cediendo poco a poco al rojo. Y se produjo la tercera explosión, mucho más fuerte.

El comandante Mason y el capitán Milton creyeron que se ahogaban. Sintieron una fuerte presión en el pecho.

Reisner gritó:

—¡Expulsa la fase 2 del cohete, Richard.

—¡No!

—¡Es nuestra oportunidad de sobrevivir!

—¿Cómo? ¿Colgados en el espacio como longanizas?

—¡Eso es mejor que morir en pedazos!

—¡Da lo mismo una muerte que otra!

—¡Maldita sea, Richard! ¡Voy a apretar el botón de expulsión de la fase 2!

—¡Si alargas la mano te la corto!

—¡Mi cabeza va a estallar, Richard!

—¡La mía también!

—¡No podemos resistirlo un momento más!

—¡Espera un minuto, Milton!

—¡Estás loco! ¡No podemos esperar un minuto!

—Son sólo sesenta segundos.

—¡Sesenta años! ¡Mira la pantalla, Richard!

El comandante Mason observó la pantalla. Se estaban acercando velozmente hacia el planeta desconocido. Ante él apareció el suelo, parecido al de la Tierra.

—¡Vamos a estrellarnos, Milton!

—¡Cohetes de retroceso!

Los dos apretaron al mismo tiempo los botones que ponían en marcha los cohetes de retroceso.

Un instante después sobrevino el impacto.

El comandante Mason y el capitán Reisner salieron despedidos de los sillones.

Richard creyó que había llegado al final porque todo ante sus ojos se sumergió en una mancha negra.

CAPÍTULO II

Richard abrió los ojos.

Gimió al sentir un fuerte dolor en las costillas.

Se levantó apoyándose en el sillón. Seguía estando en la cabina de mando.

Vio a su amigo Milton Reisner boca arriba. Acudió a su lado.

—¡Milton!

Le golpeó la cara.

—Eh, Milton, no estás muerto. Contesta.

—Si estoy en el cielo, que me den cien mujeres sólo para mí.

Richard rió las palabras de su amigo y subordinado.

—Eso quisieras tú. Pero no sé lo que habrá en este planeta desconocido.

—Con tal de que no sean pingüinos —repuso Milton abriendo los ojos.

—¿Cómo te encuentras?

—Como si me hubiesen pasado por entre dos rodillos.

—Yo estoy igual que tú.

—¿Qué pasó?

—Chocamos contra el planeta. Estamos en él ahora.

—Qué buenas noticias me das. ¿Y los otros?

—No sé nada de los otros.

Richard no vio al sargento y al doctor, pero descubrió que la puerta de emergencia estaba abierta.

—Deberíamos estar asfixiados, Richard. Respiramos la atmósfera de este planeta porque la puerta de emergencia está abierta.

—Lo celebro porque me molesta el casco protector.

—No hay ningún planeta con la atmósfera semejante a la de la Tierra.

—Eso es lo que decían nuestros sabios. Pero ya hemos descubierto uno. Se llamará Planeta Reisner.

—Eres muy modesto.

—No digas que tú fuiste en su busca, Richard. Y tengo tanto derecho a que se llame con mi nombre como tú, aunque seas el comandante.

—Oye, en lugar de tanto hablar, ¿por qué infiernos no salimos?

—Primero tú.

—¿Yo?

—Para eso eres el jefe.

—Está bien. Pero, mientras tanto, me harás un favor. Quiero un informe completo de las averías que hemos sufrido.

—¿Esperas que volvamos a la Tierra?

—Oye, tengo una cita en la Tierra con una mujer. Y no acostumbro a faltar a ninguna de ellas.

—Pues esta vez Miss Busto tendrá que buscarse otro compañero. Creo que le vendrá bien Míster Masaje.

—Míster Masaje soy yo.

Richard se asomó por la puerta.

Ante sí vio un paisaje semejante al que había visto en el banco de pruebas de Nevada. El suelo era rocoso y en algunos trechos había tierra amarillenta muy fina. Descubrió algunos vegetales muy parecidos a los cactos aunque éstos tenían un tamaño tres veces más grande. Algunos estaban en floración.

—Eh, Milton, esto es para no perdérselo. Flores de cactos tan grandes como calabazas.

—Ojalá las mujeres de aquí no sean tres veces más grandes que

nosotros.

—Te va a resultar muy difícil ligar con ellas, capitán.

—Pero tengo un comandante que liga con todas.

—Gracias, hijo. Voy a saltar.

Richard apretó un botón y salió la escalerilla automática. Bajó por ella rápidamente.

—¡Sargento Brian!... ¿Dónde está?

No le contestó nadie.

—¡Doctor Harvey! ¿Dónde diablos se han metido?

Esperó una respuesta.

Soplaba una suave brisa que producía un murmullo al rozar contra las rocas y los cactos.

Observó en la arena las huellas de unos pies y un poco más allá los de otros.

Tenían que pertenecer al sargento Brian y al doctor Harvey, y eso quería decir que habían salido vivos del «*Cohete Rojo*».

Las siguió durante medio kilómetro.

Se encontró ante un conglomerado de rocas.

—¡Sargento Brian! ¡Doctor Harvey!

Tampoco obtuvo respuesta.

Emprendió la subida por entre las rocas y al llegar a lo alto se detuvo.

El corazón le dio un vuelco.

Allí abajo, ante un charco de agua, estaban tendidos de bruces, inmóviles, el sargento y el doctor.

—¡Brian!... ¡Harvey!

Pero ni el sargento ni el doctor se movieron. Richard bajó rápidamente.

Cogió al sargento por un brazo y lo volvió boca arriba.

Barry Brian tenía los ojos abiertos, en un gesto de espanto, como si hubiese visto algo muy extraño antes de morir porque eso es lo que le había pasado al sargento. Estaba muerto.

Se acercó al doctor y le dio la vuelta. Los mismos ojos desorbitados, la misma mueca de terror. Y también estaba muerto.

Richard se levantó y desenfundó la pistola de rayo láser.

Miró a su alrededor, el dedo en el gatillo, listo para disparar el rayo mortal.

—¿Quién hay ahí? ¡Puede salir! ¡Soy un amigo!

Observaba las rocas pulgada a pulgada, esperando que apareciese por entre ellas un ser extraño, un ser capaz de producir un pánico mortal.

Pero al cabo de cinco minutos, seguía solo, con los dos cadáveres de sus compañeros.

Examinó otra vez al sargento Brian y al doctor Harvey. No, no tenían ninguna herida en el cuerpo. Sólo unos cuantos rasguños, pero eso era lógico porque tenían que haber sido producidos por el impacto de la aeronave con el planeta desconocido.

Estaba seguro de que habían salvado la vida gracias a los cohetes de retroceso. Indudablemente, el sargento Brian y el doctor Harvey habían llegado con vida al planeta. Pero salieron de la aeronave. Y allí habían encontrado la muerte, en aquel oasis.

—¡No le tengo miedo! —gritó Richard—. ¡Salga quienquiera que sea!

Nadie salió.

Richard observó el agua. Tenía sed. ¿Habría sido el agua? ¿Y si el sargento y el doctor habían bebido de ella? Eso podría explicar todo. No, no bebería un solo trago.

Oyó pasos y se revolvió con la pistola láser en la mano.

—Soy yo, Richard.

Mason dio un suspiro.

—Has estado a punto de convertirte en polvo.

Milton apareció renqueando. Se quedó tan perplejo como Richard al ver al sargento y al doctor.

—¿Muertos, Richard?

—Sí.

—¿Quién los mató?

—No lo sé, Milton. Los encontré junto al charco, en el oasis. Quizá ha sido el agua.

—¿Por qué bebieron? Teníamos agua en la aeronave.

—Pregúntaselo a ellos… Pero quizá haya una explicación.

—¿Cuál?

—La puerta de emergencia estaba abierta y los dos respiraban con normalidad. Decidieron salir a la superficie y pisar este planeta desconocido. Serían ellos sus descubridores. Echaron a andar hasta llegar juntos aquí. Vieron el agua y se pusieron a beber.

—El agua debe estar envenenada.

—Es posible.

—Tengo una buena noticia para ti.

—¿Qué hay de las averías?

—Aunque te parezca increíble, el cohete está en condiciones de volar. Y ahora no tenemos la muestra radiactiva. Podemos volver a la Tierra.

—Lo intentaremos.

—¿Enterramos los cadáveres?

—No, no haremos tal cosa. Para eso tenemos la cámara de congelación. Los cadáveres deben ser examinados en la Tierra. Ayúdame, Milton. Yo no puedo cargar con los dos.

Richard transportó al doctor Harvey y Milton al sargento.

Llegaron a la nave sin novedad y dejaron los cuerpos sin vida en la cámara de congelación.

Luego, cada uno de ellos ocupó su sillón en la cabina de mando del cohete.

—¿Listo, Milton?

—Listo.

Pusieron en marcha los motores de despegue, los cuales respondieron a la perfección.

—Voy a intentar el contacto con la Tierra —dijo el comandante.

—Es justo lo que te iba a pedir.

—Aquí «*Cohete Rojo*» llamando a Estación de Control Espacial número 1.

No le respondieron.

Lo intentó otras dos veces sin resultado.

—No podemos esperar más, Milton. Vamos a despegar.

—Cuando quieras. Estoy preparado.

—¿Combustible?

—Suficiente para llegar.

—¿Presión?

—Normal.

—Allá vamos.

El «*Cohete Rojo*» despegó con normalidad y se elevó en el espacio alejándose del planeta desconocido. La pantalla les devolvió la imagen del espacio.

—Rumbo a la Tierra —dijo Richard.

—Rumbo conseguido.

Permanecieron callados durante unos minutos, atentos al cuadro de mando.

Richard habló por el micro:

—«*Cohete Rojo*», llamando a la Estación de Control Espacial número 1.

—Aquí Estación de Control Espacial número 1. Aquí el sargento Fulton. Hemos perdido el contacto con su aeronave durante dos horas.

—¡Informa el comandante de «*Cohete Rojo*»! Sufrimos una emergencia. Una de las muestras recogidas en Saturno produjo radiaciones que nos precipitó al encuentro de un planeta desconocido. El sargento Barry Brian y el doctor Harry Harvey murieron en el cumplimiento de su deber.

—Aquí Estación de Control Espacial número 1. ¿Causa de la muerte?

—No lo sé. Transportamos los cadáveres en la cámara de congelación.

—Paso su informe al general Blondell.

—Lo ampliaré a mi llegada. Corto y fuera.

* * *

En la cámara de congelación viajaban los cuerpos sin vida de Barry Brian y Harry Harvey.

Pero, en un momento determinado, los labios del sargento se movieron y dijo:

—Doctor, volvemos a la Tierra. Pero estamos muertos.

El doctor Harvey, con los ojos desorbitados en aquel gesto de terror, movió la cabeza.

—Estamos muertos para ellos, sargento. De esa forma podremos cumplir lo que nos han ordenado.

CAPÍTULO III

El general Blondell había escuchado a Richard Mason y a Milton Reisner, los dos supervivientes del «*Cohete Rojo*» que habían viajado hasta Saturno.

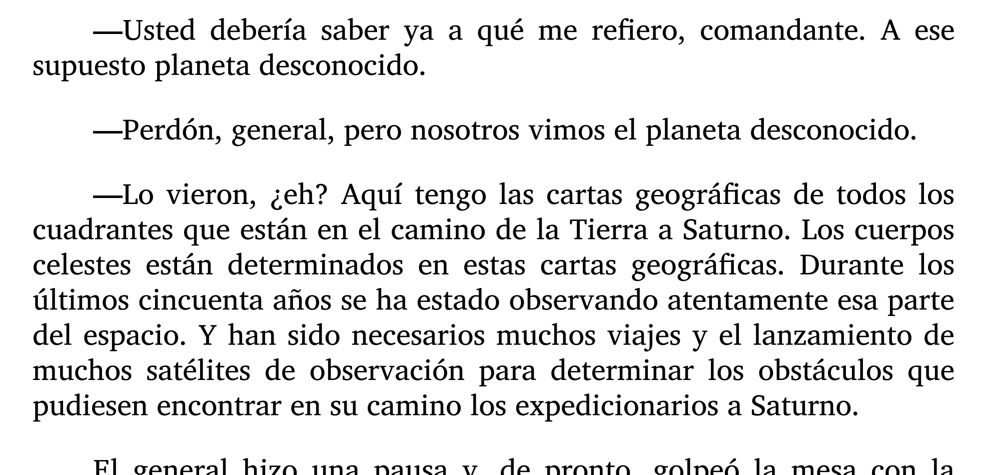
El general era un hombre de unos cincuenta y cinco años. Le faltaba el ojo derecho, que cubría con una tira de cuero negro. Estaba orgulloso de tener un solo ojo porque el que le faltaba lo había perdido en una misión de combate, cuando diez años antes la Tierra fue atacada por los locos habitantes de un planeta de la Galaxia-14, que se bautizó con el nombre de Hespérida porque los terrícolas esperaban encontrar allí un verdadero paraíso, y lo que encontraron fue un infierno, un mundo extraño habitado sólo por dementes. En aquella ocasión, el general James Blondell, que entonces era comandante, demostró sus extraordinarias cualidades para el mando. La misión perdió casi todo el personal, pero Blondell logró cumplir su objetivo e hizo posible que, más tarde, psiquiatras y neurólogos de la Tierra llegasen a Hespérida para someter a tratamiento a los habitantes de aquel extraño planeta. Muchos de los pobladores de Hespérida sanaron y hasta se integraron con los habitantes de la Tierra. Incluso ahora, en la Estación de Control Espacial número 1, prestaban sus servicios dos seres de Hespérida que eran semejantes a los humanos. Uno se llamaba Spencer Dowell y trabajaba en la Estación de Cerebros Electrónicos, y el otro Frank Kramer y desempeñaba sus servicios en la Sección de Atómica, donde estaban instalados los grandes reactores que alimentaban con su energía a una cuarta parte del Continente Americano y a una docena de estaciones satélites, algunas de ellas a más de un millón de kilómetros de la Tierra.

El general escuchó la cinta grabada por Richard Mason en la que se explicaba los incidentes de su viaje.

Prestó mucha atención a los que se referían al regreso del «*Cohete Rojo*» de Saturno.

—Caballeros —rompió el silencio el general Blondell—. Sé que han pasado por una experiencia fuera de lo común. Pero quiero informes fidedignos de los hombres que están a mis órdenes. En resumen, deseo que rectifiquen.

—¿Qué es lo que quiere que rectifiquemos, general? —inquirió Mason.



—Usted debería saber ya a qué me refiero, comandante. A ese supuesto planeta desconocido.

—Perdón, general, pero nosotros vimos el planeta desconocido.

—Lo vieron, ¿eh? Aquí tengo las cartas geográficas de todos los cuadrantes que están en el camino de la Tierra a Saturno. Los cuerpos celestes están determinados en estas cartas geográficas. Durante los últimos cincuenta años se ha estado observando atentamente esa parte del espacio. Y han sido necesarios muchos viajes y el lanzamiento de muchos satélites de observación para determinar los obstáculos que pudiesen encontrar en su camino los expedicionarios a Saturno.

El general hizo una pausa y, de pronto, golpeó la mesa con la palma de la mano.

—¡Nunca tuve noticias del planeta a que ustedes se refieren!

—Ni nosotros tampoco, general.

—Deje las ironías, Mason.

—Perdón, pero no quería ser irónico.

—¿Insisten los dos en que encontraron un planeta desconocido?

—Yo insisto, señor —dijo Mason.

—Yo también —habló Milton.

—Y naturalmente, también ambos insistirán en que las cosas pasaron como han informado... Chocaron contra el planeta, ¿verdad, comandante?

—Fue un choque suave gracias a nuestros cohetes de retroceso.

—Y el doctor Harvey y el sargento Brian encontraron la muerte en el planeta.

—Sí, señor.

—Y el lugar donde se posaron es muy parecido al de las montañas que rodean esta base.

—Sí, señor.

El general Blondell hizo un gesto de fiereza para pulsar un botón.

Una puerta se abrió dando paso a un hombre calvo, de unos cincuenta años.

—Caballeros —dijo el general—, ustedes se conocen.

El hombre calvo sonrió a los pilotos.

—Hola, comandante Mason. ¿Qué tal, capitán Reisner?

—No estamos bien del todo, doctor Neuman.

El general intervino:

—Doctor, ¿qué le parece el informe del comandante Mason sobre su misión a Saturno?

—Lo he leído dos veces.

—¿Y cuál es su opinión?

—Admito la posibilidad de la existencia del planeta desconocido.

Blondell hizo un gesto de sorpresa.

—¿Usted admite eso, doctor Neuman? He leído su libro de trescientas páginas en que trata de demostrar que los planetas no se crean ni se destruyen, se transforman. Exactamente igual que la más simple materia.

—También he escrito un libro de menos páginas, ciento cincuenta, en el que trato de demostrar que los planetas, en su transformación, pueden cambiar de galaxia.

—¿Se refiere a viajar de una galaxia a otra como si fuesen vehículos?

—Sí, general.

—El comandante Mason asegura que el planeta desconocido es del tamaño de la Tierra. ¿Cómo espera que crea que un planeta de esa envergadura pueda aparecer de pronto entre Saturno y nosotros?

—Sé por donde va, general. Usted supone que nuestro sistema solar es incapaz de admitir otro planeta, y que la llegada de uno extraño a nuestro sistema provocaría un cataclismo que alcanzaría a la Tierra.

—Por lo que yo sé, es exactamente lo que ocurriría.

—Debe tener en cuenta que un planeta de otra galaxia podría tener unas propiedades muy distintas a las que nosotros conocemos, a los planetas del sistema solar que hemos sometido a estudio durante el último siglo. ¿Por qué no pensar en que un planeta extraño puede trasladarse y convivir en nuestro sistema solar? Bastaría un ajustamiento a las nuevas condiciones para que ese planeta pudiese seguir subsistiendo.

El doctor Neuman agregó tras la pausa:

—Considero muy interesante las declaraciones del comandante Mason, y voy a iniciar un trabajo en profundidad con respecto a la posibilidad de ese planeta y la clase de perturbaciones que podría producir en nuestro sistema solar.

—Hágalo cuanto antes.

—Mis colaboradores están esperando.

—Pues no los haga esperar más.

El doctor Neuman se retiró.

El general permaneció en silencio durante unos instantes.

—Comandante Mason, no he oído su hipótesis respecto a la muerte del doctor Harvey y del sargento Brian. Según ustedes, los dos murieron porque vieron algo espantoso.

—Sí, señor.

—¿Qué fue ese algo? Debe tener una hipótesis...

—No, general. Hubiese querido quedarme durante algún tiempo en el planeta desconocido para investigar. Pero decidí respetar sus reglas.

—Si ustedes se hubiesen quedado habrían corrido el mismo peligro que el sargento Brian y el doctor Harvey, y ahora nos estaríamos preguntando qué fue lo que provocó la catástrofe. Al menos tenemos las muestras que recogieron en Saturno.

—Menos la que entró en radiactividad.

—Es lamentable su pérdida. Pero, teniendo en cuenta sus

informes, hizo lo que tenía que hacer.

—Gracias, señor.

—Imagino que han sido recogidas las muestras.

—Se llevaron al Departamento de Geología.

—¿Qué hay de los cadáveres?

—Fueron trasladados al laboratorio del hospital.

El general Blondell manejó las clavijas de un dictáfono con pantalla televisiva, estableciendo contacto con el Departamento de Geología.

En la pantalla apareció una hermosa mujer.

El comandante y el capitán ya la estaban mirando y Milton pegó con el codo a Richard.

—Miss Busto.

El general volvió la cabeza.

—¿Decía algo, capitán Reisner?

—Oh, no, señor.

El general carraspeó.

—Si la doctora Hudson tiene mucho busto, usted tiene la lengua muy larga, capitán Reisner.

—Sí, señor —pegó un taconazo Milton y al mirar otra vez a la pantalla se encontró con el busto de la doctora Hudson y tuvo que retirar la vista.

—Doctora Hudson —llamó el general.

Verónica Hudson, que estaba de perfil, volvió su cara.

—Diga, general.

—¿Han examinado las muestras?

—Acabamos de iniciar el trabajo.

—Espero que estén al corriente de todo lo que pasó.

—Sí, general. Nos entregaron una copia de la grabación que usted ya debe conocer.

—Quiero un informe completo de esas muestras. Quizá alguna de ellas conserve los efectos de la radiación producida por aquella que el comandante Mason tuvo que arrojar en el espacio.

—Haremos todo lo posible por encontrar algo positivo.

Blondell cortó aquella imagen y la sustituyó por otra, la del laboratorio del hospital donde se encontraban dos hombres con bata blanca. En sendas mesas estaban los cuerpos sin vida de Barry Brian y Harry Harvey.

—Doctor Wilkes.

Uno de los hombres se volvió.

—¿Cómo está, general Blondell?

—Muy mal desde que supe el resultado de la misión del comandante Mason. ¿A qué atribuye usted la muerte del sargento Brian y la del doctor Harvey?

—Estoy un poco asombrado, general. En mi vida profesional sólo he tenido que enfrentarme con un caso de muerte por terror. Fue la de un oficial, Dean Pover.

—Sí, lo recuerdo. Dean Pover fue enviado a Júpiter y allí encontró un extraño ser de tres cabezas. El teniente Pover murió de pánico. Y resultó luego que aquel ser de tres cabezas era totalmente inofensivo. Tan inofensivo como un pulpo terrestre de cuatro o cinco kilos. ¿Quiere decir que los cadáveres del sargento Brian y del doctor Harvey ofrecen la misma perspectiva?

—De momento, yo lo llamaría muerte por terror.

—Espero que pueda ampliar sus conocimientos y los míos después de la autopsia.

El general cortó la comunicación.

—Caballeros, no pueden salir de la Estación.

—Pero yo quería… —empezó a decir Richard.

—Permiso denegado, comandante.

—Sí, señor.

—Quiero tenerlos cerca porque probablemente los necesitaré. ¿Alguna objeción?

Al mismo tiempo que decía eso el general se tocaba el trozo de cuero negro que cubría su cuenca vacía. Los hombres a sus órdenes sabían que, cuando hacía ese gesto, estaba nervioso y que no tardaría en estallar.

—Ninguna objeción, señor —dijo el comandante Mason.

—¿Y usted, capitán?

—Oh, no, general —dijo Reisner—. Yo estoy aquí la mar de bien.

—Pueden retirarse.

El comandante y el capitán hicieron el saludo militar y salieron del despacho del general.

Milton sonrió.

—¿Adónde vas a ir con Miss Busto, mi querido comandante?

—Al club de la Base.

—Allí te veré, Casanova.

—Por favor, no te acerques cuando esté en lo más interesante de mi conversación con Verónica.

Richard se fue a su apartamento de la torre 15. Se quitó la ropa y se metió en la ducha.

Se estaba secando con la toalla cuando oyó un timbrazo.

Abrió la puerta y una joven saltó a su cuello y lo besó en la boca.

—¡Rex, mi amado Rex!

Richard se quedó asombrado porque él no era Rex. Pero le hubiera gustado ser Rex ya que aquella joven de veinticinco años era la morena más sensacional que había visto en todos los años de su vida.

—Hola —dijo él por decir algo.

La joven le sonrió.

—Oh, Rex, cuánto tiempo hacía que no te veía.

Richard estuvo a punto de decirle: «Y tanto. Como que es la primera vez que nos vernos».

—¿No me vas a invitar a pasar, Rex?

—Oh, sí, desde luego. Me has sorprendido justamente cuando me estaba secando.

—Ponte de espaldas y te secaré como entonces. Richard la miró con la boca abierta.

—Rex, ¿qué te pasa?

—Oh, sí. Me secarás como entonces.

Richard se puso de espaldas y la joven cogió una esquina de la toalla y empezó a secarle.

—Rex, ¿por qué no has ido por la ciudad?

—La ciudad, ¿eh? Es que prefiero los pueblos. Ya sabes, me he acostumbrado a la Base y salgo muy poco.

Salía todo lo que podía, especialmente cuando encontraba una mujer a su gusto. Y demonios, a la mujer que se le había metido en el apartamento, confundiéndole con un Rex, se la llevaría muy a gusto a la ciudad, al pueblo, al campo o a la playa. No, no hacía diferencias cuando su compañera era una muchacha tan proporcionadamente dotada por la naturaleza y aquella que le secaba, poseía además un cabello negro como el azabache y unos ojos como el azul del mar de Saturno.

—Te encuentro cambiado, Rex.

Richard dio un respingo.

—¿Sí?

—Ahora eres más ancho de espaldas.

—Eso es cosa de la dieta a que nos someten. Para ir por esos

planetas. El general Blondell quiere tipos fuertes. Por un lado nos dan vitaminas y proteínas para que seamos fuertes como osos, y por otro nos eliminan las grasas para que no nos hagamos pesados como elefantes.

—Rex —dijo ella mirándole a los ojos.

Él se había vuelto y no parecía escucharla.

—Rex, si me pides que me case contigo, me caso. Palabra que me caso.

CAPÍTULO IV

Richard Mason había oído muchas declaraciones de amor de las mujeres, porque ahora eran ellas las que se declaraban casi siempre. No ocurría como en el siglo XX que, según había leído, eran los hombres los que llevaban la iniciativa en los asuntos amorosos.

Demonios, él elegía sus compañeras, pero era reacio al matrimonio. Sólo le interesaba el amor. Y allí tenía a una hermosa chica que le estaba pidiendo ser la señora Mason. Oh, no, de ninguna manera iba a perder él su libertad. Ni siquiera por una chica tan mona.

Y la joven, como si quisiese jugar con ventaja, se puso de puntillas y lo besó en la boca.

¡Y qué besos! Empezó a sentirse mareado.

Lo primero que hizo fue quitarle aquel trozo de toalla.

—Verás, pequeña.

—Oh, Rex, me llamas como entonces… Pequeña.

—¿Cómo lo iba a olvidar?

—Sigue, Rex, ¿qué me ibas a decir?

—No sé si estás enterada de que estoy asignado a una misión muy importante.

—¿Cuál?

—Una expedición a Saturno. Volví justamente esta noche de allí.

—Rex, qué emocionante. ¿Cómo fue?

—Bastante mal.

—¿Por qué?

—Murieron dos de los cuatro hombres que componíamos la expedición.

—¿Es posible?

Richard pensó que hacía bien en contar a la joven el resultado de su expedición a Saturno porque, mientras tanto, ella estaría distraída y se olvidaría de su petición de matrimonio.

Cuando hubo terminado el relato, ella le dio otro beso.

—Oh, Rex, mi héroe.

—No hice más que mi colaborador, el capitán Reisner.

—Eres muy modesto, Rex.

Ella lo volvió a besar.

Richard estaba cada vez más confuso. Ni siquiera sabía el nombre de aquella joven e intentó saberlo.

—Pequeña, he tenido siempre tu nombre grabado en mi cerebro. Hasta en Saturno lo repetía una y otra vez.

—Paula.

—Eso es, Paula. ¿Qué otro nombre podría pronunciar sino el tuyo?

—Rex, invítame a cenar esta noche.

—No puedo.

—¿Por qué no puedes?

—El servicio. Pero mañana tú y yo cenaremos juntos y volveremos a recordar el pasado.

—Será una noche maravillosa, Rex.

—Seguro, Paula. Lo será —le guiñó un ojo Richard.

—¿A qué hora quieres que te llame, Rex?

—A las cinco de la tarde. Para entonces habré quedado libre,

—Muy bien, Rex. Hasta mañana a las cinco de la tarde. Pero, por favor, piensa en mí como en la señora Mason.

—Seguro, Paula. No dejaré de pensar en los señores Mason.

Ahora fue él quien la estrechó en sus brazos y la besó con fuerza.

—Demonios, Rex, es verdad —suspiró Paula—. Tienes muchas proteínas y muy poca grasa.

Ella se deslizó de sus brazos y salió del apartamento después de tirarle un beso al aire.

Richard se frotó el cogote.

«Caramba, Richard, tienes una suerte piramidal. Esta noche con Miss Busto. Mañana con Miss Ojazos.»

Se empezó a vestir y sonó el timbre. Pensó que era otra vez la hermosa Paula.

Pero al abrir la puerta se encontró con Milton Reisner.

—¿Qué haces aquí, Milton? ¿Esperas que te lleve de carabina con Miss Busto?

—Richard, el general nos tiene ordenado que demos parte de cualquier intento de sacarnos información. Me han elegido como víctima. Y tú eres mi superior. Vengo a informarte.

—Está bien, pasa. Pero date prisa. Verónica debe haber terminado con su trabajo.

Milton entró en el apartamento y él mismo se fue al bar, sin esperar la invitación de Richard, y se sirvió una ración de whisky.

—¿Me quieres servir a mí también de mi whisky? —rezongó Mason.

—Oh, sí.

Los dos compañeros bebieron un trago. Y Milton, después de chasquear la lengua, dijo:

—Yo estaba en mi apartamento. Acababa de llegar. Sonó el timbre y abrí. ¿Y quién crees que estaba allí?

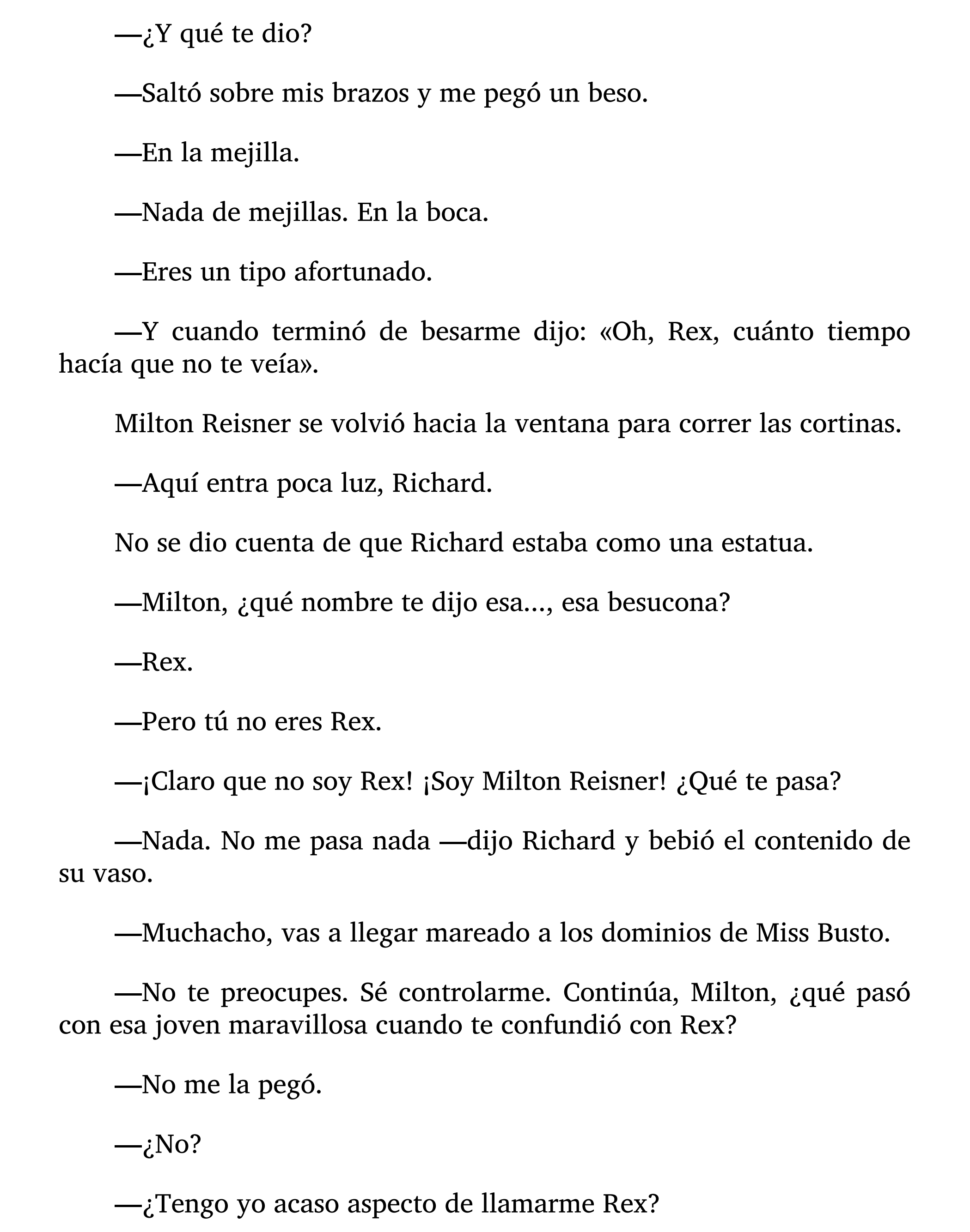
—Tu abuelita.

—Que te crees tú eso. Una joven maravillosa, a la que no he visto nunca. ¿Y qué hace ella?

—Te pide que te suscribas a la revista *El espacio en que vivimos*.

Richard parodió la voz de la supuesta visitante: «Capitán Reisner, si se suscribe por un año, le mandaremos una tetera. Y si se suscribe por tres años le mandaremos una hermosa cuna para cuando tenga un hijo».

—¿Ya terminaste? No me ofreció una tetera. Ni tampoco una cuna.



—¿Y qué te dio?

—Saltó sobre mis brazos y me pegó un beso.

—En la mejilla.

—Nada de mejillas. En la boca.

—Eres un tipo afortunado.

—Y cuando terminó de besarme dijo: «Oh, Rex, cuánto tiempo hacía que no te veía».

Milton Reisner se volvió hacia la ventana para correr las cortinas.

—Aquí entra poca luz, Richard.

No se dio cuenta de que Richard estaba como una estatua.

—Milton, ¿qué nombre te dijo esa…, esa besucona?

—Rex.

—Pero tú no eres Rex.

—¡Claro que no soy Rex! ¡Soy Milton Reisner! ¿Qué te pasa?

—Nada. No me pasa nada —dijo Richard y bebió el contenido de su vaso.

—Muchacho, vas a llegar mareado a los dominios de Miss Busto.

—No te preocupes. Sé controlarme. Continúa, Milton, ¿qué pasó con esa joven maravillosa cuando te confundió con Rex?

—No me la pegó.

—¿No?

—¿Tengo yo acaso aspecto de llamarme Rex?

—Bien mirado, no pareces un Rex.

—Lo mismo que tú. Tienes aspecto de llamarte Richard Mason, y nada más que Richard Mason.

—¿Quieres dejar ese galimatías? ¿Qué te continuó pasando con la chica?

—Sencillamente que la cogí del brazo y la planté en el corredor. Y le dije: *«Señorita, sé el juego que se trae. Ha venido para sacarme información de la expedición que el comandante Mason y yo hemos realizado a Saturno. Pero no me va a sacar nada. Así que, búsquese otro Rex».*

—Y se lo buscó —dijo Richard en voz baja.

—¿Qué has dicho?

—Nada. Estaba pensando en voz alta, Milton. Entonces tú crees que esa chica era una periodista.

—Para mí estuvo claro desde que entró en mi apartamento. Pero no me pareció muy inteligente. De lo contrario hubiera usado otro truco. ¿A quién va a engañar confundiéndole con un tipo llamado Rex?

Richard corrió al bar y se sirvió más whisky.

—Richard, tu whisky es bueno, pero no lo es tanto para que te bebas todo el frasco. Deja algo para mí. Además, tú tienes que hacer los honores a Miss Busto.

Mason se estaba llenando de furia. Hubiese preferido hacerle los honores a su visitante, a Paula. Sí, de buena gana la hubiese cogido por el cuello y se lo hubiese retorcido. Ella se había metido en su apartamento, después de haber fracasado con Milton, y él había picado el anzuelo. Paula sólo quería información de su vuelo a Saturno y lo que había pasado en su viaje de regreso, y, por todos los infiernos, que ella había conseguido la noticia de primera mano.

Se suponía que aquella información tenía que permanecer secreta. Sólo el general Blondell estaba autorizado a comunicarla a los periodistas. Y ésa era una regla de oro, una regla que todo el personal de la Base no debía olvidar en ningún momento.

—Perdona, Milton, tengo prisa.

—Espera, hombre, te acompaño.

—Lo siento, Milton. Pero ya te he dicho que ésta es una cena para dos. Puedes quedarte y beberte todo mi whisky.

—Bueno, ya que me invitas, beberé unos tragos más.

Mason le hizo un saludo y salió del apartamento.

Se dio mucha prisa en llegar hasta el exterior y miró a derecha e izquierda. Pero no vio ni rastro de Paula. No, aquella chica tendría que haber salido de la Base.

Montó en su pequeño automóvil atómico biplaza que se podía aparcar en tres palmos de terreno.

Se dirigió al club, metióse en una de las cabinas telefónicas y marcó el número de Verónica Hudson.

—Hola, querida. Soy Richard. Ya estoy en el club.

—Lo siento, Richard. Pero todavía tardaré media hora. Las muestras que nos has traído de Saturno nos están dando mucha guerra.

—¿Algo importante?

—A nosotros, como geólogos, nos interesa mucho. Te lo contaré luego.

—No tardes.

—Me reuniré contigo en cuanto haya acabado mi trabajo.

Richard colgó y cuando iba a salir de la cabina se detuvo de pronto.

La joven que se la había pegado, Paula, estaba en una cabina de enfrente, llamando por teléfono.

CAPÍTULO V

Richard Mason abrió de golpe la cabina donde se encontraba Paula. Ella estaba diciendo:

—Eso es todo, jefe. Gracias por la felicitación.

Y entonces descubrió a Richard.

—Hola, Paula. Nos volvemos a ver.

—Perdone, creo que se confunde.

—¿Ah, sí?

—No soy Paula.

Richard apretó los dientes.

—Con que no eres Paula. Pero da lo mismo, porque yo soy Rex.

Se abalanzó sobre ella y la besó en la boca. Ella empezó a soltar gruñidos.

Por el micrófono llegó una voz que decía:

—¿Qué te pasa, Sherry?

Richard atrapó el receptor.

—¿Con quién hablo?

—Con John Mathes, el director del *Star* de Los Ángeles.

—Señor Mathes, tengo una noticia muy importante para usted. Sherry ha caído en poder de un extraño ser llegado de Saturno.

La joven gritó por el micro:

—¡No le hagas caso, John!

—Conque no haga caso, ¿eh? —repuso Richard—. Ahora verá.

Y la volvió a besar.

El hombre que estaba a la otra parte del cable gritaba:

—¿Qué pasa ahí, Sherry?

La joven logró interrumpir el beso y gritó:

—¡Un loco, jefe! ¡Un loco!

—No la crea, jefe. Soy Rex, el muchachito de las anchas espaldas.

Luego colgó con firmeza.

Los hermosos ojos de Sherry echaban fuego.

—¡Señor Mason, esto es un abuso de confianza!

—¿De veras?

—Y le aseguro que le voy a denunciar a las autoridades de la Base.

—Estupendo. Es justamente lo que deseaba. Encontrármela para denunciarla a mis superiores.

Ella levantó la barbilla.

—Señor Mason, si se refiere a la información que me dio, lo hizo voluntariamente. Ande, niéguelo.

—Se valió de un fraude. Dijo llamarse Paula y no se llama Paula.

—Estamos en paz, señor Mason... Usted se hizo pasar por Rex y no es Rex.

—¡Yo no dije que me llamase Rex!

—Pero cuando yo lo besé, se sintió muy a gusto siendo Rex.

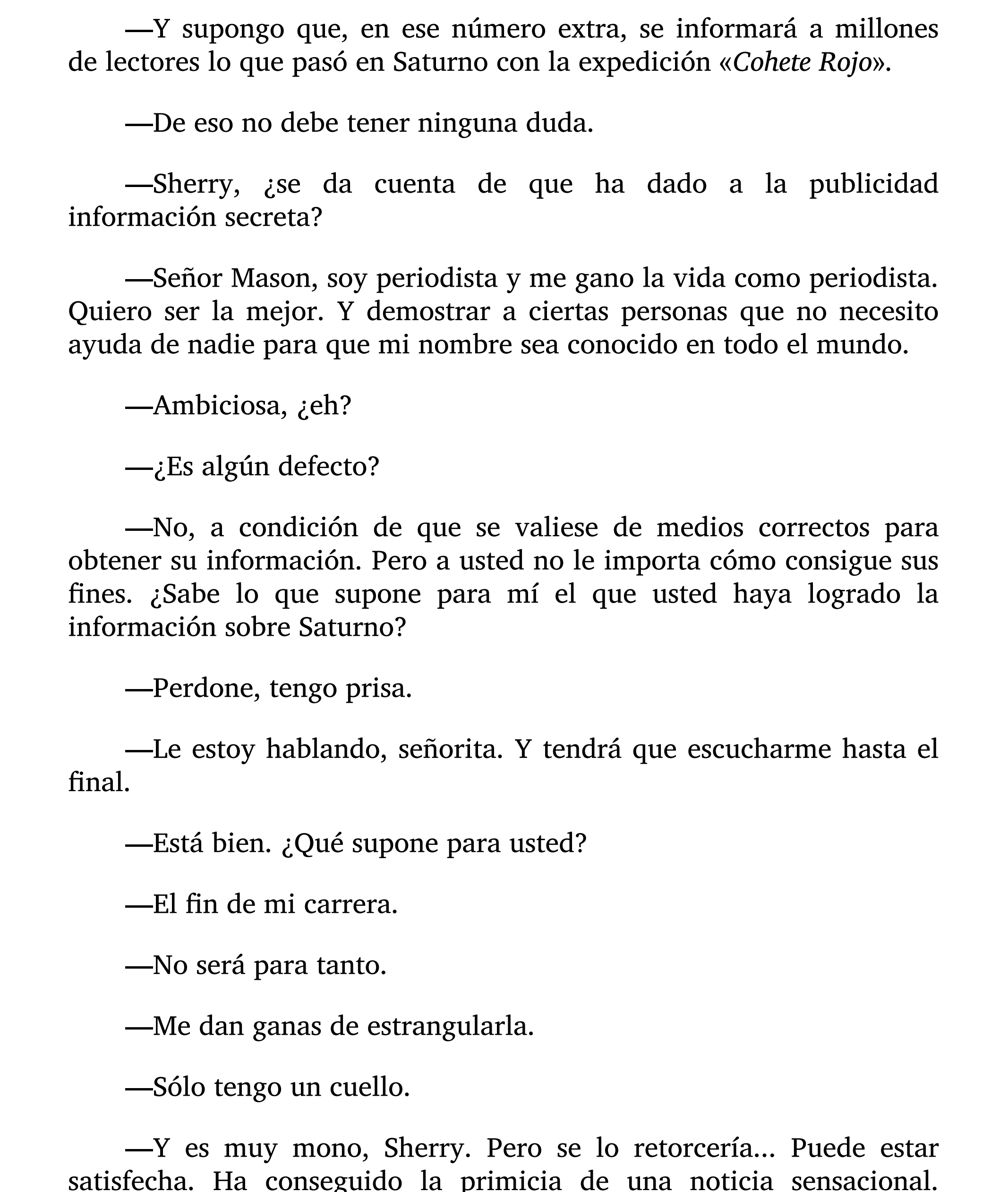
—Es usted muy listilla.

—Gracias.

—Pero no se va a salir con la suya.

Sherry señaló el teléfono.

—Señor Mason, toda la información que me dio está en el *Star*. Y en este momento las máquinas están listas para lanzar un número extra.



—Y supongo que, en ese número extra, se informará a millones de lectores lo que pasó en Saturno con la expedición «*Cohete Rojo*».

—De eso no debe tener ninguna duda.

—Sherry, ¿se da cuenta de que ha dado a la publicidad información secreta?

—Señor Mason, soy periodista y me gano la vida como periodista. Quiero ser la mejor. Y demostrar a ciertas personas que no necesito ayuda de nadie para que mi nombre sea conocido en todo el mundo.

—Ambiciosa, ¿eh?

—¿Es algún defecto?

—No, a condición de que se valiese de medios correctos para obtener su información. Pero a usted no le importa cómo consigue sus fines. ¿Sabe lo que supone para mí el que usted haya logrado la información sobre Saturno?

—Perdone, tengo prisa.

—Le estoy hablando, señorita. Y tendrá que escucharme hasta el final.

—Está bien. ¿Qué supone para usted?

—El fin de mi carrera.

—No será para tanto.

—Me dan ganas de estrangularla.

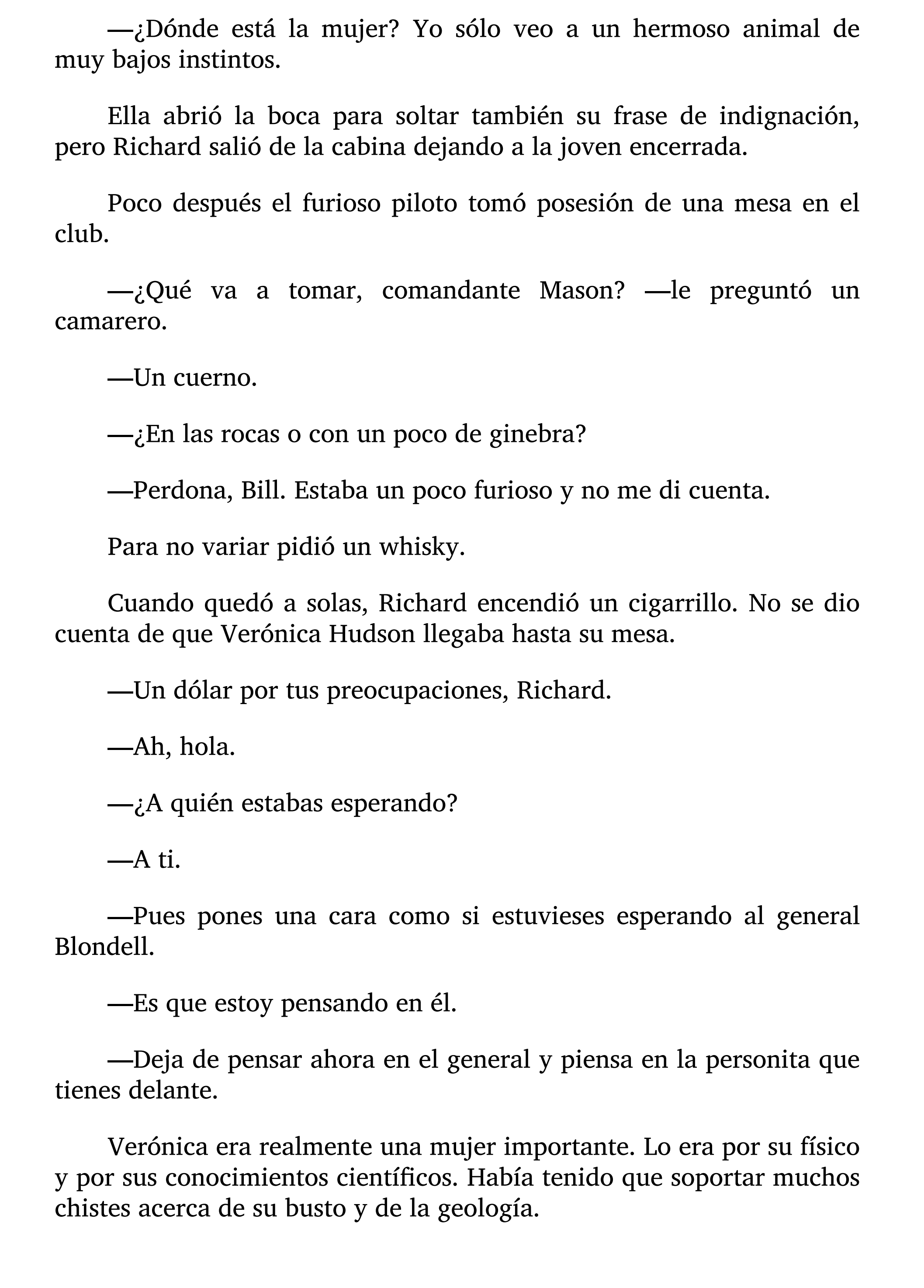
—Sólo tengo un cuello.

—Y es muy mono, Sherry. Pero se lo retorcería… Puede estar satisfecha. Ha conseguido la primicia de una noticia sensacional. Efectivamente, su nombre será conocido en todo el mundo. Me está bien merecido por haber confiado por una vez en una mujer. ¡Y ahora ya acabamos nuestras relaciones! ¡Sólo falta el último pago!

—¿El último pago? ¿A qué se refiere?

—A esto —dijo Richard y, tirando de ella, la besó con salvajismo.

Al cabo de un minuto, él la dejó libre empujándola hacia el fondo



de la cabina. La joven se tambaleó mientras gritaba:

—¡Bruto, así no se besa a una mujer!

—¿Dónde está la mujer? Yo sólo veo a un hermoso animal de muy bajos instintos.

Ella abrió la boca para soltar también su frase de indignación, pero Richard salió de la cabina dejando a la joven encerrada.

Poco después el furioso piloto tomó posesión de una mesa en el club.

—¿Qué va a tomar, comandante Mason? —le preguntó un camarero.

—Un cuerno.

—¿En las rocas o con un poco de ginebra?

—Perdona, Bill. Estaba un poco furioso y no me di cuenta.

Para no variar pidió un whisky.

Cuando quedó a solas, Richard encendió un cigarrillo. No se dio cuenta de que Verónica Hudson llegaba hasta su mesa.

—Un dólar por tus preocupaciones, Richard.

—Ah, hola.

—¿A quién estabas esperando?

—A ti.

—Pues pones una cara como si estuvieses esperando al general Blondell.

—Es que estoy pensando en él.

—Deja de pensar ahora en el general y piensa en la personita que tienes delante.

Verónica era realmente una mujer importante. Lo era por su físico y por sus conocimientos científicos. Había tenido que soportar muchos chistes acerca de su busto y de la geología.

—Acabamos de saber algo en el laboratorio que te va a sorprender, Richard.

—¿De qué se trata?

—Es un descubrimiento sensacional. Algo que el hombre de ciencia no pudiese imaginar que existiese. Esas muestras pertenecen a dos reinos de la naturaleza. Al vegetal y al mineral. Son minerales en su aspecto exterior y vegetales en su parte interna. Tienen clorofila, tejidos, savia…

—Es increíble.

—Lo mismo pensamos nosotros hasta que abrimos una de las muestras. Fue como si hubiésemos partido un fruto. Del interior brotó la savia. Te aseguro que estamos viviendo unos momentos apasionantes.

—Imagino que habréis dado cuenta al Departamento de Botánica.

—No, todavía, no.

—¿Por qué no?

—Somos geólogos y nos corresponde el examen de la parte exterior de esas muestras. Tenemos que terminar nuestros estudios antes de pasarlas a los botánicos. Tenemos prioridad, Richard.

—Siempre los malditos celos profesionales entre unos y otros. Bueno, al fin y al cabo, yo me quedo fuera.

—¿Tú fuera, Richard? Eras el jefe de la expedición. Y lo sigues siendo.

—Por muy poco tiempo. El general Blondell me va a poner de patitas en la calle.

—¿Por qué, Richard?

—Ha pasado algo.

—Cuéntamelo.

—No, Verónica, es mi problema.

Bill, el camarero, se acercó.

—Señorita Hudson, la llaman por teléfono. Su jefe, el doctor Connors.

—Perdona, Richard voy a atender la llamada.

Regresó al cabo de cinco minutos.

—Richard, tengo que dejarte.

—¿Qué pasa?

—El doctor Connors me ha sugerido que trabaje con él esta noche. Tendrá que pasar mañana las muestras al Departamento de Botánica y quiere hacer un estudio concienzudo de los ejemplares que trajiste de Saturno.

—Ya tengo celos del doctor Connors.

—Recuerda lo que dijimos, Richard. Entre nosotros nada de celos. Cada uno tiene libertad para hacer lo que quiera.

—Y el doctor Connors es muy apuesto.

—No está del todo mal. Pero, cuando no trabajo, te prefiero a ti.

Verónica le dio un beso en la comisura de la boca.

—Hasta mañana, Richard.

—Que te diviertas con tu doctor, digo con tus muestras.

* * *

El doctor Harry Harvey estaba metido en el cajón número 14 de la Morgue. Ya le habían hecho la autopsia.

En el cajón número 15 estaba el sargento Barry Brian, al que también habían hecho la autopsia. Permanecían inmóviles en aquella atmósfera helada, sometidos otra vez a la baja temperatura.

Pero, en un momento determinado, el doctor Harvey abrió los ojos y movió los labios.

—Barry.

Le llegó la voz del sargento.

—Aquí me tiene, doctor Harvey.

—Hemos de cumplir el mandato.

—¿Podemos salir ya, doctor?

—Sí, ya podemos salir.

CAPÍTULO VI

—Es asombroso, Verónica —dijo el doctor Mark Connors—. ¿Cómo puede darse un mineral y un vegetal juntos? No alcanza a la comprensión de una persona vulgar. Pero nosotros debemos comprenderlo porque somos científicos, y no son muestras de la Tierra, sino de Saturno... ¿Qué podemos encontrar en otro planeta? Sólo cosas disparatadas, si son juzgadas por nuestra razón. Por ello, siempre he dicho que debemos dejar un hueco en nuestro cerebro para la fantasía. En muchos casos, como en éste, la fantasía supera con mucho a nuestra realidad porque se convierte en realidad misma —Connors sonrió—. Lo siento, Verónica, por un momento creí que estaba soltando un discurso ante la Academia Mundial de Ciencias. Por fin voy a ingresar en ella. Mi descubrimiento me servirá. Y usted también tendrá su parte de gloria, naturalmente.

—Sólo quiero mi parte de sueño.

—Oh, perdóneme, la he retenido demasiado.

—No se preocupe, doctor Connors. Ha valido la pena.

—Vaya a dormir. Lo necesita.

—Usted también lo necesita, doctor.

—No, yo quiero estar toda la noche en pie. Debo seguir analizando las muestras.

—Ya terminó su trabajo.

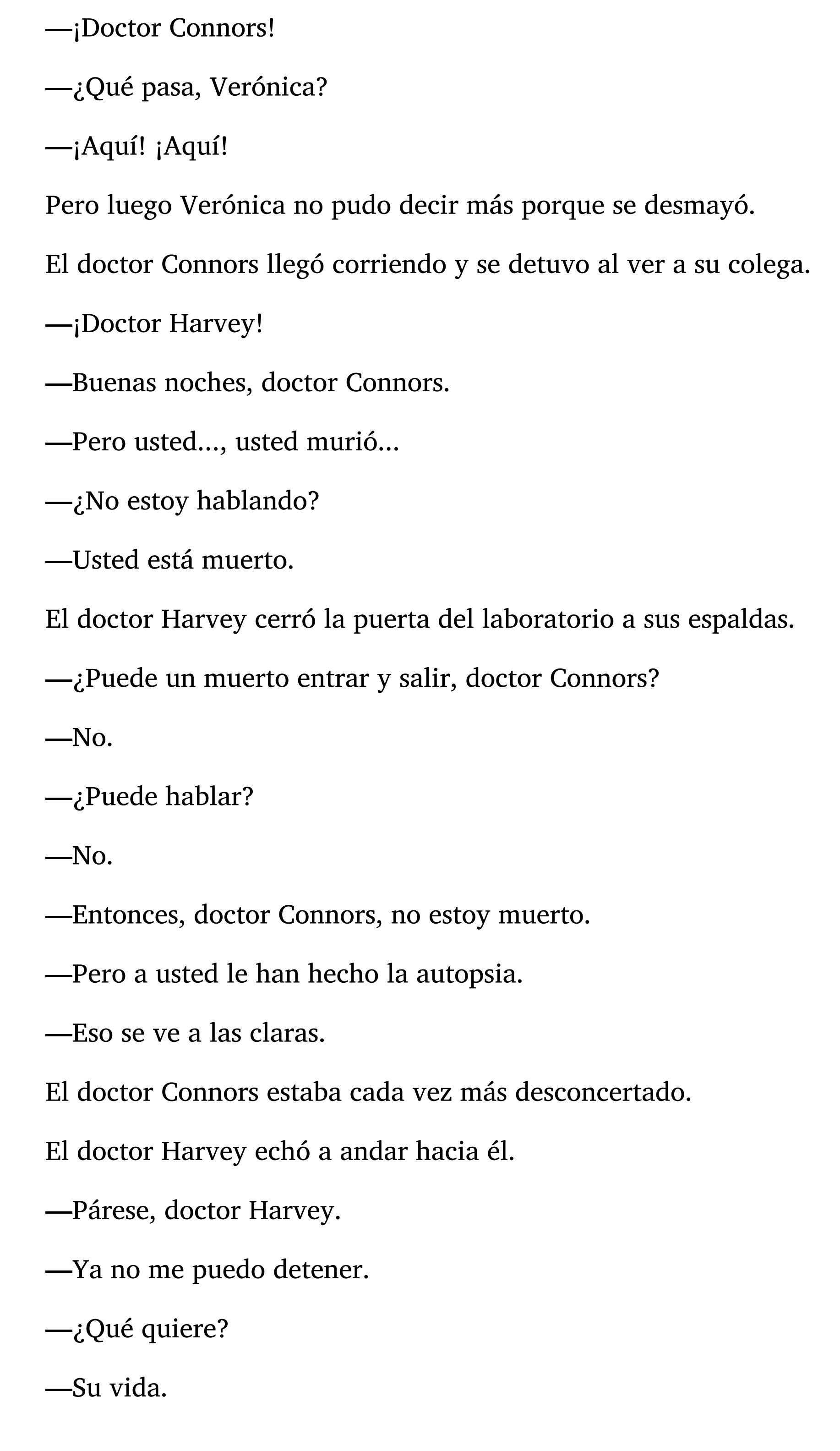
—Nunca se termina un trabajo como éste.

—Como quiera, doctor. Buenas noches.

Verónica se dirigió hacia la puerta de salida, la abrió y entonces lanzó un grito de terror.

Conocía al doctor Harvey, al que Mason había traído muerto de Saturno, pero ahora estaba en el hueco de la puerta y su tez era amarillenta. Sabía que le habían hecho la autopsia y el doctor, en su cabeza, mostraba el lugar por donde el escalpelo había hecho su trabajo, una horrible cicatriz.

Verónica retrocedió.



—¡Doctor Connors!

—¿Qué pasa, Verónica?

—¡Aquí! ¡Aquí!

Pero luego Verónica no pudo decir más porque se desmayó.

El doctor Connors llegó corriendo y se detuvo al ver a su colega.

—¡Doctor Harvey!

—Buenas noches, doctor Connors.

—Pero usted..., usted murió...

—¿No estoy hablando?

—Usted está muerto.

El doctor Harvey cerró la puerta del laboratorio a sus espaldas.

—¿Puede un muerto entrar y salir, doctor Connors?

—No.

—¿Puede hablar?

—No.

—Entonces, doctor Connors, no estoy muerto.

—Pero a usted le han hecho la autopsia.

—Eso se ve a las claras.

El doctor Connors estaba cada vez más desconcertado.

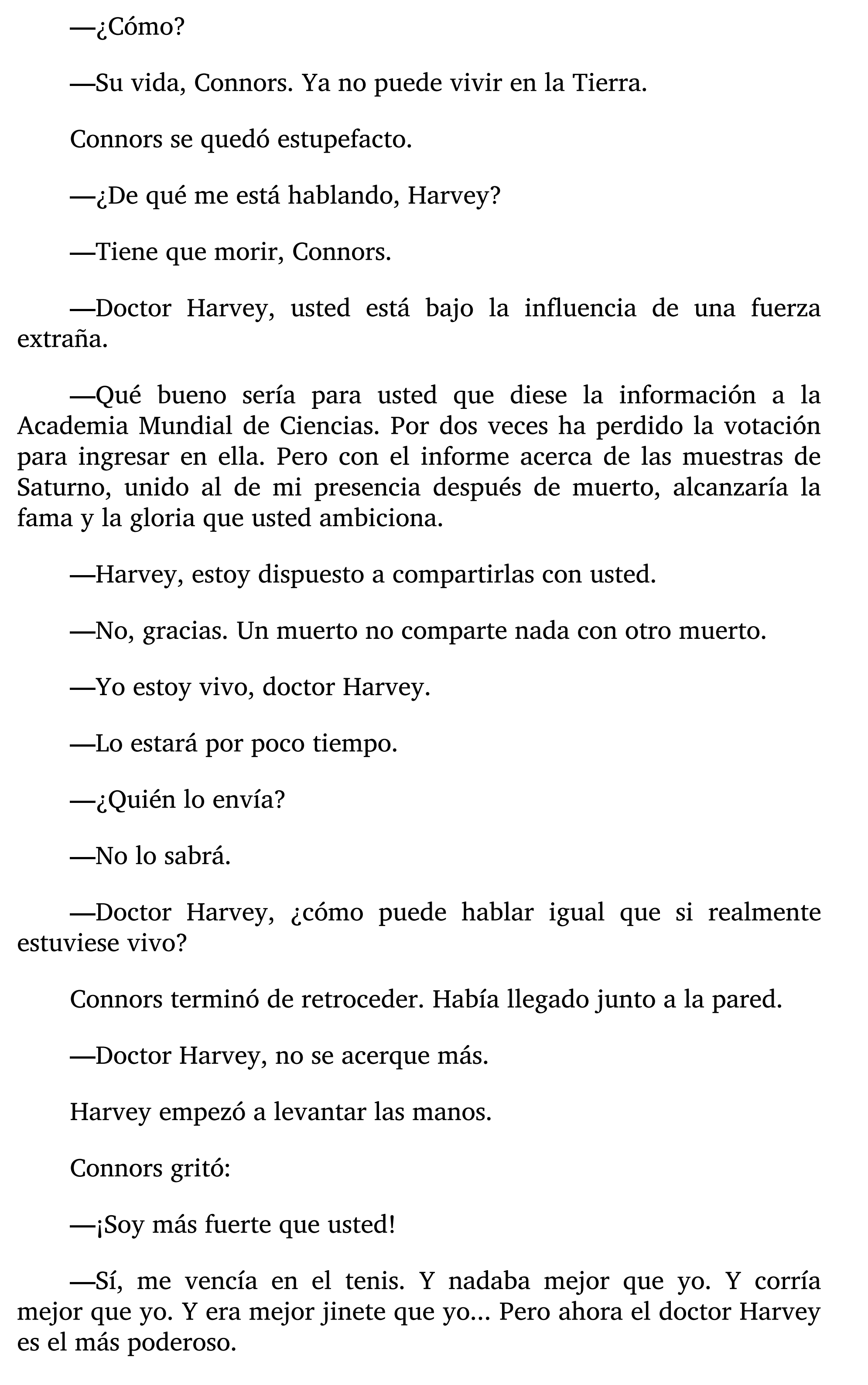
El doctor Harvey echó a andar hacia él.

—Párese, doctor Harvey.

—Ya no me puedo detener.

—¿Qué quiere?

—Su vida.



—¿Cómo?

—Su vida, Connors. Ya no puede vivir en la Tierra.

Connors se quedó estupefacto.

—¿De qué me está hablando, Harvey?

—Tiene que morir, Connors.

—Doctor Harvey, usted está bajo la influencia de una fuerza extraña.

—Qué bueno sería para usted que diese la información a la Academia Mundial de Ciencias. Por dos veces ha perdido la votación para ingresar en ella. Pero con el informe acerca de las muestras de Saturno, unido al de mi presencia después de muerto, alcanzaría la fama y la gloria que usted ambiciona.

—Harvey, estoy dispuesto a compartirlas con usted.

—No, gracias. Un muerto no comparte nada con otro muerto.

—Yo estoy vivo, doctor Harvey.

—Lo estará por poco tiempo.

—¿Quién lo envía?

—No lo sabrá.

—Doctor Harvey, ¿cómo puede hablar igual que si realmente estuviese vivo?

Connors terminó de retroceder. Había llegado junto a la pared.

—Doctor Harvey, no se acerque más.

Harvey empezó a levantar las manos.

Connors gritó:

—¡Soy más fuerte que usted!

—Sí, me vencía en el tenis. Y nadaba mejor que yo. Y corría mejor que yo. Y era mejor jinete que yo… Pero ahora el doctor Harvey es el más poderoso.

Se abalanzó sobre Connors y lo atrapó por el cuello.

Connors trató de apartar al hombre que había sido su colega. Y pensó que eso sería cosa fácil, pero se equivocó. Cuando trató de apartarlo de él, tuvo la impresión de que el cuerpo de Harvey estaba hecho de acero.

Las manos de Harvey apretaron la garganta de Connors.

—¡No, doctor Harvey! ¡No me mate! ¡Ahora no! ¡Voy a ingresar en la Academia Mundial de Ciencias! ¡Seré famoso!

—Usted sólo será un cadáver, doctor Connors.

Harvey siguió apretando la garganta de Connors hasta que de los pulmones de éste huyó todo el aire.

El doctor Harvey dejó caer el cuerpo de Connors a sus pies.

Luego se dirigió a la mesa donde estaban las muestras que el comandante Mason había traído de Saturno. Las fue cogiendo de una en una y metiéndolas en una bolsa de plástico. Y cuando tuvo todas las muestras, salió del laboratorio.

* * *

El doctor Hans Neuman bebió una taza de café. Había ordenado que se retirasen sus colaboradores. Quería estar a solas en su gabinete de trabajo.

En la pared funcionaba una pantalla en donde se reflejaba una carta geográfica del Cuadrante 28 donde, según el informe de Mason, habían encontrado el planeta desconocido.

Miles de puntos brillaban en el espacio

Neuman manejaba una gran lupa y observaba pulgada a pulgada el mapa. Pero siempre iba a parar a uno de aquellos puntos insignificantes.

Había usado la computadora de localización y, por tres veces, aquella máquina que nunca fallaba le había dado la misma respuesta. No, en aquel lugar no debía existir ningún punto luminoso. Las

cámaras de televisión del «*Cohete Rojo*» no habían grabado las fotografías del planeta desconocido, según lo habían visto el comandante Mason y el capitán Milton. Sólo conservaba aquella fotografía. Pero la opinión de Mason era suficiente. Aquel punto luminoso tenía que ser el planeta desconocido llegado de otra galaxia.

Descolgó el teléfono de la mesa y marcó un número.

—¿Lorigan? Aquí el doctor Neuman. Quiero que haga algo por mí.

Lorigan era uno de sus cuatro ayudantes.

—Dígame, doctor Neuman.

—Necesito los análisis geológicos de las muestras que trajeron de Saturno. Probablemente, el doctor Connors los debe haber terminado. ¿Quiere llegarse al Departamento de Geología?

—Sí, doctor Neuman.

—Estoy en el laboratorio, Lorigan. Le espero.

—Concédame media hora.

Neuman colgó.

Luego sacó unas diapositivas que pasó por el proyector.

Las diapositivas no eran suyas. Las había heredado de su maestro, el ya fallecido doctor Douglas Barton, que había sido presidente de la Academia Mundial de Ciencias. Según el doctor Barton, en un viaje que realizó al planeta Marte, veinte años antes, había encontrado en su camino un planeta desconocido, del que pudo obtener fotografías. Eran aquellas diapositivas.

Neuman observó una vez más aquel planeta, que tenía un tamaño parecido al de la Tierra. Se veían continentes y mares. Había sido un buen trabajo del doctor Barton. Pero fue acusado en la Academia de fraude y como el doctor Barton no se retractó fue obligado a renunciar a la presidencia y, más tarde, expulsado como miembro.

Y el doctor Barton había continuado sus investigaciones sobre aquel planeta desconocido y llegó a la conclusión de que podría trasladarse de una galaxia a otra como un vehículo espacial.

¿No era eso algo que coincidía enteramente con el informe del

comandante Mason? ¿No se había encontrado Mason con un planeta desconocido cuando venía de Saturno? ¿Y por qué, por dos veces, primero el doctor Barton y luego el comandante Mason, habían sorprendido a aquel planeta en sus viajes a Saturno? ¿Qué hacía ese planeta en Saturno?

Una palabra brotó en su mente como un chispazo. Aprovisionamiento. ¿Aprovisionamiento? ¿De qué? Quizá lo sabría cuando Lorigan viniese con los análisis de las muestras que Mason había recogido en Saturno.

En aquel momento sonó el timbre de la puerta. Sería Lorigan, aunque no habían pasado los treinta minutos del tiempo que le pidió para reunirse con él.

Abrió la puerta.

Pero la persona que estaba allí no era Lorigan. Sintió que la sangre se le helaba en sus venas porque su visitante era el sargento Barry Brian.

—No puede ser —dijo.

Y él sabía que no podía ser porque el sargento Brian había muerto durante el regreso del «*Cohete Rojo*», justamente cuando el comandante Mason se vio obligado a hacer un aterrizaje forzoso en el planeta desconocido.

—No se equivoca, doctor Neuman. Soy yo. El sargento Brian.

—Pero usted…, usted murió.

—¿Qué tontería dice, doctor Neuman? ¿Cómo puedo estar muerto si estoy hablando con usted?

—Pero esas señales son…

—No se equivoca, Neuman. Son señales de la autopsia.

—Sargento… ¿Qué diablos pasó?

—¿Dónde?

—En el planeta desconocido.

—No existe tal planeta desconocido.

—No me puede engañar, sargento. Ahora sé que existe ese planeta desconocido. El doctor Barton fue el primero en descubrirlo. Y ahora lo volvieron a ver el comandante Mason y el capitán Reisner.

—¿Sólo ellos?

—Usted también lo vio. Y el doctor Harvey.

—Sabe demasiado.

—Sargento, usted puede ser un elemento valioso.

—Ya lo soy.

—Me refiero en mi investigación.

—No necesita hacer ninguna investigación, doctor Neuman. El planeta existe.

—¿Por qué van a Saturno?

—A todo el mundo le gusta viajar.

—Sargento, usted y el doctor Harvey descubrieron algo en el planeta desconocido, algo que les llenó de espanto y les produjo la muerte. Contésteme, sargento, ¿qué es lo que vieron?

—Nada. No vimos nada.

—Miente, sargento. Tuvieron que ver algo,

—Nada. No vimos nada.

El sargento se puso en marcha hacia Neuman.

—Brian, usted no está obrando por su propia voluntad. ¿Quién lo impulsa?

—Es un secreto.

—Sargento, está usted muerto como yo dije. Ha sido reactivado.

—Su cerebro está trabajando demasiado, doctor Neuman. Necesita un relajamiento.

—Quiero seguir trabajando en esto y tiene que ayudarme.

—Oh, sí, doctor, yo le ayudaré.

El sargento saltó sobre Neuman. Se apoderó de su cuello.

Neuman era de baja talla y hacía muy pocos ejercicios físicos. Fue un juguete para el sargento Brian, el cual apretó el cuello que tenía entre sus manos.

Y poco después el doctor Hans Neuman caía en el suelo como un muñeco roto.

El sargento Brian retiró las diapositivas del proyector, las puso en el suelo y las machacó con el mango de un abrecartas hasta hacerlas pedazos.

A continuación, Brian salió del laboratorio de Neuman. Se amparó en la noche para llegar a la Morgue, que se ubicaba en la parte posterior de la base.

No encontró dificultad en abrir la puerta y entrar.

El doctor Harvey lo estaba esperando a la otra parte.

—¿Cumplió su misión, sargento Brian?

—Sí. ¿Y usted la suya?

—El doctor Neuman ya no tiene vida.

—Tampoco la tiene el doctor Connors.

—Entonces, debemos volver.

Los dos hombres que habían encontrado la muerte en el planeta desconocido caminaron hasta llegar al lado de los cajones 14 y 15.

Harvey ocupó el cajón número 14 y el sargento el número 15.

Y cuando quedaron tendidos en el interior, los cajones se cerraron.

CAPÍTULO VII

—¡Asesinato y sabotaje! —gritó el general Blondell y ahora su mano estaba tocando el cuero negro de su cuenca vacía.

Tenía ante él a varias personas, colaboradores suyos en el proyecto «*Cohete Rojo*», incluidos los dos pilotos supervivientes del viaje a Saturno.

Y también estaba allí el mayor Purcell, jefe de la policía de la Base, al que acompañaban tres de sus subordinados.

—Han robado las muestras que trajeron de Saturno, mayor Purcell —exclamó el general Blondell—. Han estrangulado a dos hombres que estaban relacionados con los análisis de esas muestras. ¡Hay enemigos en la Base!

Richard Mason estaba pensando muy aprisa. Un nombre golpeaba una y otra vez en su mente. Aquella mujer, Sherry, la falsa Paula, se había introducido en el apartamento de su compañero, el capitán Reisner, para sacarle información. Y cuando fracasó en su intento, lo visitó a él y entonces había obtenido lo que deseaba.

¿Formaría Sherry parte de un grupo de saboteadores, como decía el general?

La había visto en el club de la Base y por tanto habría tenido oportunidad de enterarse del doble crimen e informar al *Star* de Los Ángeles.

El general decía en aquel momento:

—Quiero un secreto absoluto para toda la investigación, mayor Purcell. Que no trascienda a los periodistas. Seré yo quien dé la información, cuando haya que darla.

—Sí, señor.

—Reprenderé severamente cualquier acto de indisciplina.

Richard se deslizó hacia la puerta.

—¿Adónde, va, comandante Mason?

Richard se cuadró.

—General, ahora recuerdo algo relacionado con las muertes.

—¿Qué cosa?

—Hice un examen previo en Saturno. Puede no tener importancia, pero puede tenerla.

Efectivamente había hecho un examen previo de las muestras, pero estaba seguro de que no tenía la menor trascendencia. Lo que deseaba era salir del despacho e ir en busca de Sherry.

—De acuerdo, comandante —dijo el general—. Traiga ese informe.

—A la orden.

Richard salió y se dirigió rápidamente hacia el club. No, Sherry no estaba en ninguna de las cabinas telefónicas.

Observó atentamente las mesas. Tampoco la vio. ¿Quería decir eso que Sherry había huido con sus posibles colaboradores?

Caminó hacia la Morgue donde estaban ahora los cuerpos sin vida de los dos hombres estrangulados, junto con los del doctor Harvey y el sargento Brian, que habían muerto aterrorizados en el planeta desconocido.

Y de pronto la vio.

Sí, allí estaba en una cabina telefónica sumida en la oscuridad.

Procuró que ella no le viese y se fue acercando a la cabina.

La puerta estaba entreabierta y pudo oír lo que ella estaba diciendo:

—John, han sido estrangulados dos hombres importantes en el proyecto «*Cohete Rojo*». Estaban analizando las muestras de Saturno. Le juro que he visto sus cadáveres en la Morgue. He tenido que subirme a una escalera.

Richard entró en la cabina, a espaldas de Sherry, y le puso una mano en el cuello.

La joven gritó:

—¡Socorro!

Al volverse vio la cara de Richard.

El director del *Star* ya estaba gritando:

—¿Qué pasa, Sherry?

—¡El loco! ¡Otra vez el loco! ¡Me quiere estrangular!

Richard acercó su cara a ella.

—Sí, Sherry, la voy a estrangular porque está cometiendo un delito muy grave.

—¿De qué delito grave habla? ¡Estoy informando a mi jefe!

—No puede informar.

—Ya informé.

—El general Blondell ha prohibido toda clase de información a los periodistas.

—El general no me incluyó a mí. Puede estar tranquilo.

—Oh, sí, usted es muy lista, Sherry. Usted logró las noticias que deseaba sin necesidad de esperar un comunicado especial.

La siguió apretando el cuello.

—¡Suelte ese teléfono!

El director del *Star* gritaba a la otra parte:

—¡Sherry, quiero que amplíes tus noticias!

Richard le respondió:

—¡Si se queda ahí, va a oír la ampliación de los asesinatos porque aquí se va a cometer otro!

Sherry también gritaba:

—¡Socorro, John, que me sacan un palmo de lengua!

—¡Suelte el teléfono, o le saco algo más que la lengua!

—¿Qué pasa, Sherry? ¿Qué pasa? —gritaba el director del *Star* por el cable.

Sherry no pudo contestarle porque ya faltaba el aire en sus pulmones y no tuvo más remedio que colgar. Richard dejó de apretar su cuello.

—¡Bruto! ¡Animal! ¿Qué es lo que hace?

—Impedir que una saboteadora realice su trabajo.

—¿Yo una saboteadora?

—¡Usted!

—¡Suélteme!

—No, no la voy a soltar. Va a venir conmigo.

—¿Adónde?

—Al lugar que merece. A una celda.

—¿Yo a la cárcel?

—No espere que la invite a whisky en mi apartamento. Es demasiado bueno para usted.

—Entérese de una vez, señor Mason. Sé perfectamente quién es usted.

—¿Ah, sí?

—Un mujeriego. Se cree el mejor conquistador de la Base. Yo sé lo que hace todos los días cuando se levanta de la cama.

—Gimnasia.

—Sí, debe hacer gimnasia, pero, al mismo tiempo que la hace, se mira en el espejo.

—Me miro en el espejo para vigilar mis movimientos.

—No, señor Mason, usted se mira en el espejo porque le gusta verse guapo. Y apuesto a que, cuando hace sus ejercicios gimnásticos, ya estará pensando en qué mujer va a llevar a su cueva.

—¿Mi cueva?

—Sí, ese apartamento en donde da el mejor whisky. Y también

dará una buena música.

—Los que me conocen dicen que tengo una estupenda colección de música envasada.

—Y al compás de esa dulce música, usted enamora a sus ingenuas visitantes. Fue así como conquistó a Bárbara Bruce, a Mary Harlow, a Verónica Hudson…

—Eh, oiga, ¿cómo sabe tanto de mí?

—Tengo que saberlo.

—Deme una razón.

—Soy periodista.

—Pero hay muchos periodistas en Los Ángeles, y ninguno sabe tanto de mi vida privada como usted. ¿Por qué se molestó tanto en conocer todos mis pasos, incluidos los de baile que doy en mi cueva cuando tengo en mis brazos a una mujer? ¡Yo le ayudaré! Se interesó por mí más que por nadie porque soy el comandante Richard Mason, el jefe de la expedición a Saturno.

—No podría haber otra razón, señor Mason. Usted, personalmente, no me interesa lo más mínimo.

—Confiesa que es el proyecto Saturno lo que le hizo llegar a esta Base.

—Sí.

—Y ha tratado de conseguir información.

—Sí.

—Sherry, ¿no se da cuenta de que está admitiendo su culpabilidad y que, de acuerdo con las leyes, eso le podría acarrear una sentencia grave?

—Bocazas.

—¿Eh?

—¡Es usted un bocazas!

—Sherry, está agregando un insulto que también está castigado

por las leyes.

—¡Déjeme en paz! ¡Quiero marcharme!

—¿Adónde quiere marcharse?

—A Los Ángeles.

—No puede.

—¿Quién ha dicho que no?

—Yo, Sherry. Le falta lo más importante.

—¿A qué se refiere?

—Una visita al general Blondell.

—No la necesito.

Richard sonrió con sarcasmo.

—El general Blondell es el jefe de esta Base. ¿No quería usted información de primera mano? Pues él se la puede dar.

—Renuncio.

—No, Sherry, usted no va a renunciar. Vendrá conmigo al despacho del general Blondell.

—No iré.

—Irá por las buenas o por las malas.

—¿Y cómo va a conseguir hacerme ir por las malas?

—De esta forma.

Richard la pretendió atrapar. Sherry se defendió pegándole una patada en la espinilla.

Richard soltó un grito. Trató de contener a Sherry y entonces ella le pegó un mordisco en la mano.

—¡No me toque, bruto!

—¡Es usted una salvaje, Sherry! ¡Pero yo tengo un tratamiento especial para las salvajes!

Logró atraparla por las piernas y se la echó sobre los hombros.

Sherry empezó a golpearle la espalda con los puños cerrados.

Pero Richard ya estaba avanzando rápidamente.

—¡Suélteme, bruto!

—La soltaré cuando hayamos llegado ante el general Blondell.

Los centinelas miraron asombrados al comandante que pasaba ante ellos con aquella mujer a la espalda.

Richard abrió la puerta de la oficina del general y, como ya estaba cansado de recibir puñetazos, dejó caer a la joven, la cual rodó por la alfombra

El general Blondell se encontraba a solas y se levantó de un salto.

—¡Comandante Mason! ¿Qué es lo que está haciendo usted con mi hija?

CAPÍTULO VIII

Richard Mason se había quedado perplejo.

—¿Qué fue lo que dijo, general?

—Imagino que tiene una explicación para que haya arrojado a mi hija Sherry por los suelos.

Sherry estaba sentada en la alfombra, mostrando sus esbeltas piernas desnudas.

—Hola, papá.

—Hola, hija.

Richard seguía sin habla.

El general Blondell dio la vuelta a la mesa.

—Sherry, ¿me quieres dar tú la explicación?

La joven se levantó.

—Sí, padre, con mucho gusto. Tu subordinado, el comandante Mason, me ha confundido con una saboteadora.

Blondell clavó la mirada de su único ojo en Mason.

—Comandante, ¿qué le ha hecho suponer que mi hija es una saboteadora?

—Perdón, general. Pero su hija ha dado información que ha sido considerada secreta a un periódico de Los Ángeles, concretamente al *Star*.

—¿Es cierto eso, Sherry?

—Papá, yo trabajo en el *Star*.

—¿Qué le dijiste a ese fantasma de John?

—En primer lugar, no es un fantasma. Es un profesional.

—Hemos discutido muchas veces ese punto, Sherry... ¿Qué fue lo que le dijiste?

La joven se mojó los labios con la lengua.

—Logré saber lo que había pasado en el viaje de regreso del «*Cohete Rojo*». Ya sabes, la aparición del planeta desconocido, la muerte del sargento Brian y la del doctor Harvey…

—¿Quién te habló de eso?

—El comandante Mason.

Blondell miró a Mason.

—Comandante, ¿cómo pudo conseguir ella esa información de usted?

—Con besos.

—¡Comandante Mason! ¿Cómo se atrevió a seducir a mi hija?

—Perdón, general, pero fue ella la que quiso seducirme a mí.

—¿Quiere decir que…?

—Fue ella la que me besó.

Sherry chilló:

—¡Papá, te aseguro que él no estuvo con los brazos cruzados!

El general miraba a uno y a otro joven hecho un lío.

— ¡Condenación! Se supone que yo, como jefe de esta Base, debo implantar una severa disciplina entre el personal que está a mi servicio. ¿No sabías eso, Sherry?

—Lo siento, papá, pero yo no estoy a tu servicio. Yo formo parte de la plantilla del *Star*. Y que yo sepa, el *Star* no está obligado a cumplir tus órdenes.

—¿Qué más le dijiste a tu director?

—Me niego a contestar porque mis respuestas podrían incriminarme.

—Conque esas tenemos.

—Esas tenemos.

—¡Comandante Mason! ¿Qué más dijo Sherry al periodicucho?

Richard se miró la punta de las botas.

—General, en el *Star* ya saben que el doctor Connors y el doctor Neuman murieron esta noche estrangulados.

—¿Eso hiciste, hija? ¿Has sido capaz de pegarme esa puñalada por la espalda?

—Papá, no te pongas trágico. Mi obligación como periodista era dar una noticia sensacional que acababa de conocer.

—Yo te daré una noticia sensacional para que la publiques en el *Star*.

—Estupendo, papá.

El general con voz grave dijo:

—Toma nota del titular: «*El presidente de Estados Unidos de América destituye al general James Blondell y ordena que lo sometan a un juicio*».

—Oh, no, papá.

—Falta el otro titular, hija: «*Es probable que el general Blondell sea condenado a la última pena por venderse a un enemigo de otra galaxia*». —Blondell dio un suspiro—. Y si quieres agregar que la última pena es la horca, puedes hacerlo.

—Papá, yo no quiero que te cuelguen.

—Lo dices como si estuviese empapado y tuviese necesidad de secarme.

—Padre, hablaré con el presidente. El comprenderá que la Prensa es la Prensa y que no se debe tener ningún secreto para ella.

—¿Sigues manteniendo tu postura, Sherry?

—La sigo manteniendo.

Blondell apretó un timbre.

Aparecieron un sargento y un soldado. Los dos estaban armados.

—¡Sargento Kane!

—A sus órdenes, mi general.

Blondell señaló a su hija:

—Detenga a esa joven y enciérrela hasta su posterior juicio.

—Señorita, queda detenida —dijo el sargento Kane.

—¡Papá, no puedes hacer eso conmigo!

El sargento miró extrañado a la muchacha y al general.

—¿Su hija, general?

—Sargento, ella se llama Sherry Blondell. Y es posible que sea mi hija. ¡Pero sigue siendo una detenida!

—Señorita, sígame.

La joven apretó los puños contra los muslos.

—¡Padre, te doy cinco segundos para que rectifiques!

El sargento esperó que pasasen los cinco segundos, pero el general no dijo nada.

—Padre, diez segundos —dijo Sherry.

—¡Sargento! —gritó el general—, ¿por qué diablos está esperando los plazos? Un poco más y la detenida dirá que me concede un día para que me retracte. ¡Llévesela!

El sargento Kane estaba muy confuso.

—Señorita, por favor, sígame. Le daré la celda más confortable. Tenemos algunas muy monas. Hasta tienen cortinas.

—¡Sargento Kane! —rezongó Blondell—. ¡Déjese de consideraciones con la detenida!

—Sí, señor. Ya no habrá consideraciones.

Sherry, antes de salir del despacho, miró a Mason.

—Debe sentirse satisfecho. Ya consiguió lo que quería. Descubrirme. Pero entérese, señor Mason. Soy fuerte como las rocas.

No lograrán abatirme. No lo lograrán.

Y luego salió, como María Antonieta, con sus dos guardianes.

El general sacó un pañuelo y se enjugó el sudor de la frente.

—Cría cuervos y te sacarán los ojos —se tocó el cuero—. Bueno, ella sólo puede sacarme un ojo.

—Siento todo lo ocurrido.

—No lo sienta, comandante. Sherry tenía que acabar así. Ella es una chica demasiado influenciada por las ideas modernas. Bueno, me temo que los jóvenes siempre han sido iguales. Los padres nos quejamos de ellos porque no son como nosotros. Pero, ¿por qué infiernos van a ser como nosotros si ellos y nosotros hemos empezado a vivir en una época distinta? ¿No le parece a usted?

—Sí, señor.

Blondell le señaló con el dedo.

—¡Pero no debió dejar que ella lo sedujese!

—Para su tranquilidad, general, no pasamos del living.

—Bien, dejemos eso. ¿Qué me dice de esos análisis previos?

—No había tales análisis. Yo tenía que buscar una excusa para salir de aquí, ya sabe, para capturar a Sherry.

—Ah, ya.

—Pensé que era una saboteadora y que ella podría estar en combinación con los asesinos.

—Buen panorama se me presenta. Poco antes de que entrase usted, estaba hablando con el presidente. Y no he tenido más remedio que informarle de lo sucedido,

—El presidente es muy comprensivo. Se habrá hecho cargo de las circunstancias.

—Oh, sí, es tan comprensivo que me ha dado un plazo de veinticuatro horas para que descubra al asesino o asesinos del doctor Connors y del doctor Neuman. Ya sabe lo que eso quiere decir. Que en las próximas veinticuatro horas puede tener usted otro jefe.

—Todo se solucionará.

—Lo veo muy difícil.

En aquel momento sonó uno de los teléfonos. El general Blondell descolgó.

—¡El general Blondell… ! ¿Cómo dice…? ¿Qué Verónica Hudson ya recobró el conocimiento y parece estar loca…? —escuchó unos instantes—. Está bien, sométala a tratamiento y cuídela, doctor Sullivan.

Colgó y se puso a rezongar por lo bajo.

—Verónica Hudson dice que el doctor Harvey está vivo. Que fue el doctor Harvey quien entró en el laboratorio del doctor Connors cuando ella salía. En ese instante se desmayó, y está segura de que fue el doctor Harvey quien estranguló al doctor Connors. Era lo que me faltaba. Que mis subordinados viesen andar a los muertos… ¿Se da cuenta, Mason? Esto está a punto de convertirse en una clínica para dementes…

—Eso es muy interesante.

—¿A qué se refiere?

—Hablaba para mí mismo.

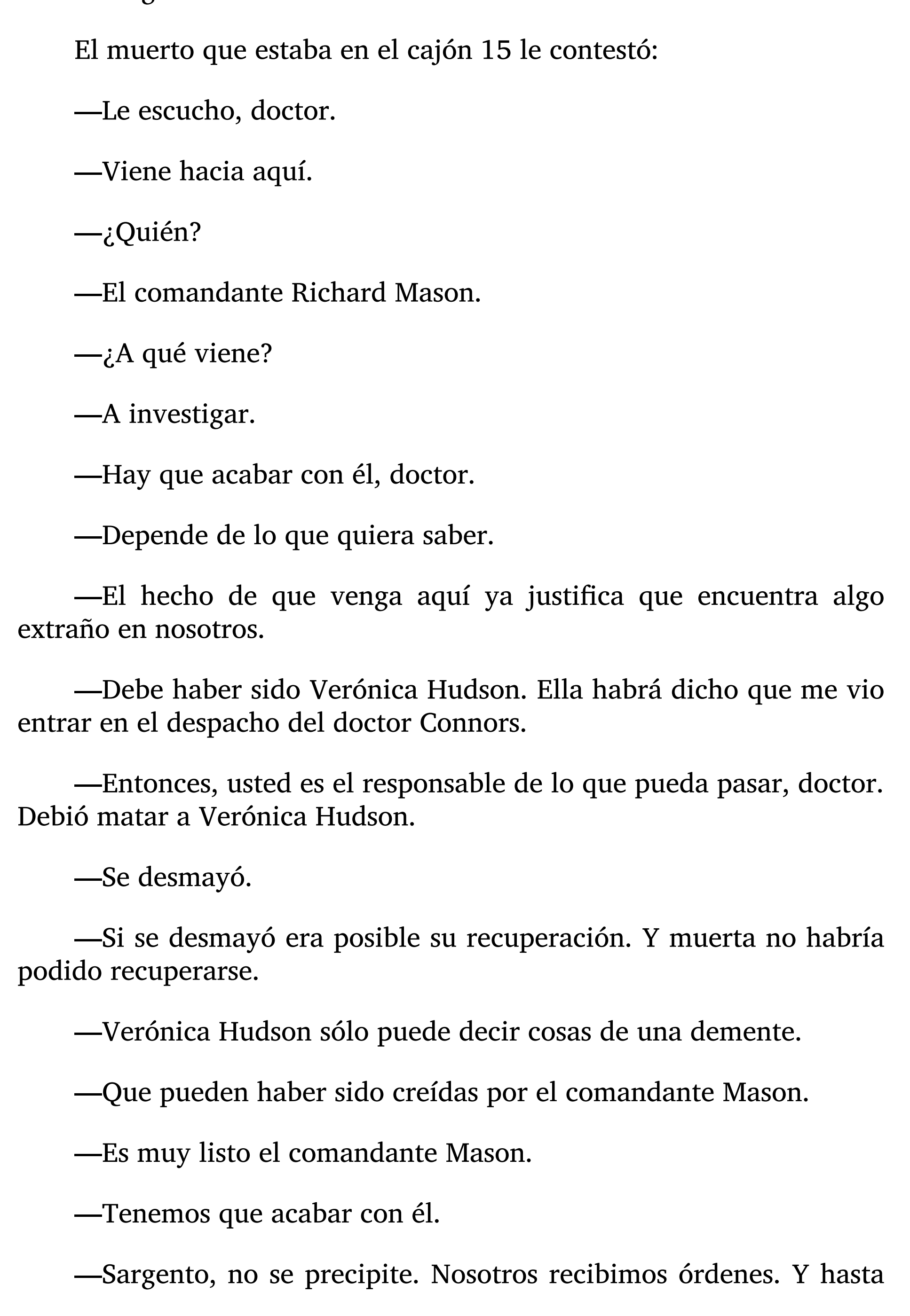
—¿Qué, tiene en la cabeza, Mason? ¡Suéltelo! ¡Es una orden!

—Estaba pensando en el doctor Harvey y en el sargento Brian. Murieron de una forma muy extraña.

—He escuchado su informe media docena de veces. Y sé lo que quiere decir. El doctor Harvey y el sargento Brian murieron de terror. Fue el dictamen de los facultativos. Pero yo no estoy conforme. El doctor Harvey y el sargento Brian no eran dos niños. Eran dos hombres de gran valor. Y por eso fueron seleccionados por mí para que le acompañasen a Saturno, comandante Mason. Me niego a creer que la visión de algo horrible fuese bastante para producirles la muerte. Retírese, Mason. Tengo mucho en qué pensar para detenerme con tonterías.

Richard Mason salió de la oficina y decidió ir a la Morgue.

CAPÍTULO IX



El muerto del cajón 14 habló:

—Sargento Brian.

El muerto que estaba en el cajón 15 le contestó:

—Le escucho, doctor.

—Viene hacia aquí.

—¿Quién?

—El comandante Richard Mason.

—¿A qué viene?

—A investigar.

—Hay que acabar con él, doctor.

—Depende de lo que quiera saber.

—El hecho de que venga aquí ya justifica que encuentra algo extraño en nosotros.

—Debe haber sido Verónica Hudson. Ella habrá dicho que me vio entrar en el despacho del doctor Connors.

—Entonces, usted es el responsable de lo que pueda pasar, doctor. Debió matar a Verónica Hudson.

—Se desmayó.

—Si se desmayó era posible su recuperación. Y muerta no habría podido recuperarse.

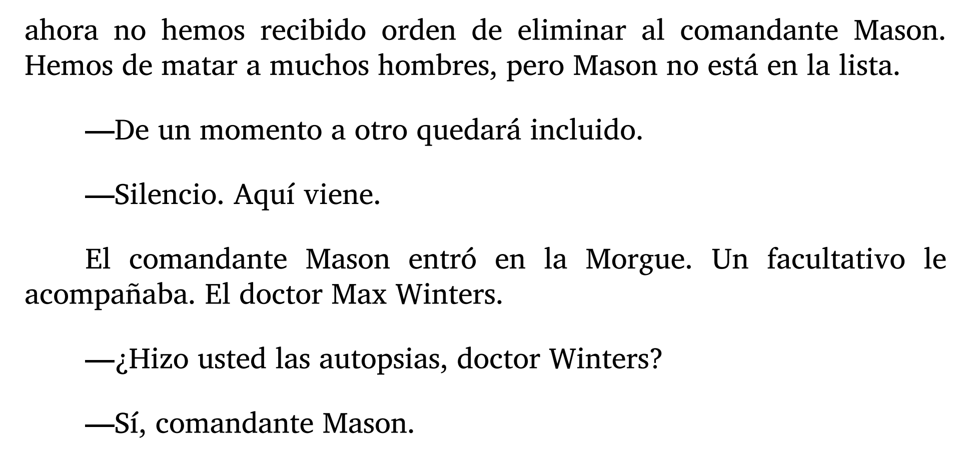
—Verónica Hudson sólo puede decir cosas de una demente.

—Que pueden haber sido creídas por el comandante Mason.

—Es muy listo el comandante Mason.

—Tenemos que acabar con él.

—Sargento, no se precipite. Nosotros recibimos órdenes. Y hasta



ahora no hemos recibido orden de eliminar al comandante Mason. Hemos de matar a muchos hombres, pero Mason no está en la lista.

—De un momento a otro quedará incluido.

—Silencio. Aquí viene.

El comandante Mason entró en la Morgue. Un facultativo le acompañaba. El doctor Max Winters.

—¿Hizo usted las autopsias, doctor Winters?

—Sí, comandante Mason.

—No he tenido oportunidad hasta ahora de conocer sus informes.

—El corazón del doctor Harvey y del sargento Brian dejaron de latir.

—Lo sé, doctor Winters. Yo mismo comprobé en el planeta desconocido que el doctor Harvey y el sargento Brian carecían de pulso. Pero, ¿qué me dice del cerebro?

—Es lo extraño. Tanto el cerebro de Brian como el de Harvey habían dejado de ser regados. Pero no estaban anquilosados.

—¿No le parece un fenómeno extraño?

—Sí, muy extraño, comandante.

—¿Qué explicación tiene?

—No tengo ninguna explicación.

—¿Es la primera vez que le ocurre?

—Llevo veinte años de vida profesional. Y he realizado más de mil autopsias. Jamás vi nada parecido.

—¿Puedo examinar los cadáveres?

—Desde luego.

Los dos hombres se dirigieron hacia los cajones que había al fondo.

El doctor Winters cogió el asa del número 14 y tiró hacia él.

El cajón se deslizó sobre los rieles.

Ante los ojos de Mason apareció el cuerpo de Harry Harvey.

Apartó la sábana y observó el pecho, el estómago y la cara del muerto.

Ya iba a cubrirlo cuando vio la mano derecha de Harvey. En los dedos aparecían manchas de un color marrón.

—Doctor, ¿a qué se deben esas manchas? —preguntó Mason.

—No lo sé. Han aparecido con posterioridad a la autopsia.

—¿Está seguro?

—Segurísimo.

Mason sintió un escalofrío por la espalda al recordar que las muestras que él había traído de Saturno habían desaparecido del laboratorio del doctor Connors. Y una de las muestras era de un mineral que dejaba aquellas manchas en los dedos. Lo sabía bien, puesto que él las había manejado, y tuvo que lavarse concienzudamente hasta tres veces para quitarse las manchas.

Observó otra vez la mano del muerto. Sí, aquellas manchas eran muy semejantes a las que en sus dedos habían dejado la muestra de Saturno.

—Quiero ver al cadáver del sargento Brian.

El doctor Winters tiró del cajón número 15.

Después de apartar la sábana del cuerpo sin vida de Brian, Mason le observó las manos. No, sus dedos no tenían ninguna mancha.

Pero descubrió algo también muy particular. En la muñeca de Brian había diminutos cristales. Estaban allí, sobre la piel y brillaban al recibir la luz de la pantalla que el doctor Winters había encendido para que él examinase mejor los cadáveres.

Mason pasó el dedo índice por la muñeca de Brian y aquellos cristalitos quedaron adheridos en la yema.

La persona que había asesinado al doctor Neuman se había entretenido en destrozar unas diapositivas. Y justamente estaban hechas con aquel material, el que aparecía en la muñeca del sargento

Brian.

Y lo más extraordinario del caso era que Verónica Hudson aseguraba que el doctor Harvey había entrado en el laboratorio del doctor Connors.

Mason caminó hacia la puerta.

—Gracias por todo, doctor Winters.

—De nada —le contestó el médico que estaba sorprendido por las cosas que había visto hacer al comandante Mason.

Empujó el cajón 15 y luego el 14.

Entonces, cuando los dos cajones quedaron en su sitio, el doctor Harvey dijo:

—¿Lo has visto, Brian?

—Sí, lo he visto y lo he sentido.

—Descubrió las huellas en mis dedos.

—También descubrió los restos de las diapositivas en mi muñeca.

—¿Qué conclusión habrá sacado?

—Una que no nos conviene.

—No puede pensar que tenemos vida.

—Yo no me arriesgaría a asegurarlo.

—Sólo hay una solución.

—Acabar con él.

* * *

El general Blondell pegó una palmada en la mesa.

—¡Me está pidiendo una insensatez, comandante Mason! ¿Ir usted a ese planeta desconocido? ¡Permiso denegado!

—General, usted mismo se resistió a creer en la existencia del planeta.

—Y todavía tengo mis dudas.

—Déjeme que le pruebe su existencia.

—No sabe ni siquiera dónde encontrarlo.

—En el camino de Saturno.

—El camino de Saturno es muy largo.

—Estoy seguro de que encontraré al planeta en el Cuadrante 28, general.

—Oiga, Mason, aprecio sus condiciones y por ello le confié el mando de la expedición «*Cohete Rojo*». Pero no empiece también a desvariar. ¿Qué infiernos espera encontrar en el planeta desconocido, suponiendo que lo encontrase en el Cuadrante 28?

—No sé lo que voy a encontrar, general. Pero me gustaría ver con mis propios ojos lo que provocó la muerte del doctor Harvey y la del sargento Brian.

Blondell volvió a golpear la mesa, pero esta vez lo hizo con el puño cerrado.

—¡No quiero oír hablar más de su absurdo plan, comandante Mason!

—De acuerdo con los reglamentos, me corresponde un mes de permiso después del viaje a Saturno, general. No me necesita para nada, y conozco bien el manejo de mi aeronave.

—Usted necesita un ayudante.

—Estoy seguro de que el capitán Milton Reisner accederá a acompañarme.

—¿Qué quiere, comandante Mason? ¿Ganar una medalla?

—No, señor. Descubrir el misterio de la muerte de Harvey y la de Brian.

—Según usted, están, vivos. Descubrió esas marcas en los dedos del doctor Harvey y los restos de las diapositivas en la muñeca del

sargento Brian.

—Son muertos-vivos.

El general Blondell cerró con fuerza su único ojo y lo volvió a abrir.

—Me ha envuelto en su palabrería, comandante Mason. Sí, lo confieso que por unos instantes ha logrado embaucarme con esa historia para niños. ¡Pero el doctor Harvey y el sargento Brian están muertos! Yo mismo los observé cuando fueron desembarcados de su aeronave. Y tengo el informe del forense sobre esta mesa.

—¿No le ha llamado la atención el comunicado de las autopsias? Tanto el cerebro del doctor Harvey como el del sargento Brian no han sufrido daño, a pesar de la no existencia de riego sanguíneo.

—El doctor Winters lo considera como un fenómeno.

—Todo fenómeno tiene sus explicaciones y, desde ese instante, deja de ser tal fenómeno.

—¡No me venga con juegos de palabras, Mason!

—General, estoy convencido de que la única solución a nuestro problema puede estar en el planeta desconocido. Déjeme que vaya allí.

El general lo señaló con la mano.

—¿Cree que voy a poner a su disposición quinientos millones de dólares? ¡Ese es el valor del «*Cohete Rojo*»! Comandante, si usted fuese el jefe de esta Base, estaría contestando a su subordinado lo que yo le respondo a usted. En resumen, no quiero oír hablar más de ese viaje al planeta desconocido. Hizo un buen trabajo, Mason. Pero las circunstancias no le han favorecido. No se sienta responsable de sucesos que usted no ha podido controlar. Se ha ganado un buen descanso y es lo que debe hacer. Puede retirarse, comandante Mason.

—Señor…

—¡No continúe! ¡Dije que se retirase!

—Señor, insisto…

—¡No quiero seguir escuchándole, Mason! Daré orden para que empiece a disfrutar de su permiso inmediatamente.

—Con todos los respetos, no quiero el permiso, general.

—¡Por todos los infiernos que lo va a tener! ¡Elija! ¿Se va a Miami o lo pongo en cuarentena? Ya sabe que puedo solicitar que lo ingresen en un hospital para ser examinado después de su viaje a Saturno. Sé que ha pasado las pruebas médicas y que no hace falta una posterior observación. ¡Pero no vacilaré en encerrarle en una habitación para dementes!

—No hará falta, señor. Gracias por escucharme.

Richard abandonó la oficina del general Blondell.

CAPÍTULO X

—¡Centinela! ¡Auxilio! ¡Socorro!

—¿Qué le pasa, señorita Blondell? ¿Vio un ratón?

—¿Qué ratón ni qué niño muerto? ¡Tengo un fuerte dolor de estómago!

El centinela era Pat Summers, que había llegado a ser sargento tres veces y otras tres fue degradado. Era un hombre duro, fuerte, que había recibido incluso la medalla por Méritos Espaciales en un viaje realizado cinco años antes al planeta de Las Mujeres-Lagarto.

Naturalmente, Pat Summers había venido de aquel planeta con el grado de sargento, pero quiso celebrar su regreso demasiado alegremente. Con whisky. Y cinco horas después de haber pisado la Tierra, ya era otra vez soldado.

—Soldado Summer —gimió la detenida—, por favor, lléveme al hospital.

Pat sacó un papel del bolsillo y se puso a leerlo.

—¿Qué está consultando, soldado? —preguntó Sherry—. ¿Mis síntomas quizá? No puede estar en mi pellejo. Debo tener un par de perforaciones.

El ex-sargento sacudió la cabeza.

—Ya puede continuar, señorita Blondell.

—¿Qué quiere decir?

—Que en la lista que me ha dado su padre figura como excusa la del dolor de estómago. Sólo se equivoca en una cosa. No debió decir doble perforación. La última vez que la tuvo encerrada su padre en su casa de campo, logró que el jardinero la dejase en libertad alegando una triple perforación.

—¡Mi padre me tenía encerrada porque quería fugarme con mi novio a París!

—Y resultó que su padre hizo bien. Su novio fue atrapado por la policía acusado de haber pegado un golpe de dos millones de libras esterlinas en un Banco de Londres.

—Él me amaba con locura. Pobre Víctor.

—Oh, sí, Víctor era un gran chico. Y por eso lo condenaron a diez años de prisión.

—Sargento, ¿no ama usted?

—Desde luego, desde luego, señorita Blondell. Yo amo a tres mujeres.

—¿A la vez?

—Oh, no. Mantengo un turno. Me las pasa el comandante Mason.

Sherry dio un respingo.

—¿El comandante Mason? ¿Se refiere a Richard Mason?

—No hay otro comandante Mason en la base.

—No sé qué ven ellas en él.

—Dicen que es apuesto, guapo, varonil, galante...

—No continúe.

—Ya había terminado

¿Y quién dice eso?

—¿Quién va a decirlo? Las chicas que él me pasa.

—¡Soldado! ¡Sáqueme de aquí!

—Ni hablar.

—Le daré cincuenta dólares.

—Guárdeselos.

—¿Lo haría por cien?

—No.

—¿Por mil?

—Ni hablar.

—¿Diez mil?

—Señorita Blondell, no lo haría ni por un millón, así que deje ya de subastar su libertad.

—¡Le doy un millón!

—¡Trato hecho!

—Pero tendré que pagárselo a plazos.

—¿Un dólar diario, señorita Blondell? ¿Quizá me va a proponer el pago del millón a dólar por día?

—Hombre, le daré un poco más.

—Olvídese de mí, señorita Blondell. Deje que un honesto soldado cumpla con su deber y la mantenga en la mazmorra.

Sherry se fue de mala gana al camastro y se tendió. El ex-sargento se puso a silbar una canción.

—Sargento, ¿está ahí?

—No me dejan ir a la piscina cuando estoy de guardia

—¿Quién es ahora la favorita del comandante Mason?

—No estoy en su cabeza para saberlo.

—¿Cree que puedo ser yo del tipo que le gustan al señor Mason?

—Es posible. Pero le aconsejo que se mantenga apartada de él.

—¿Por qué?

—Usted es la hija del general.

—¿Qué pasa con eso de que soy la hija del general?

—Sencillamente, usted es el fruto prohibido.

—¡Sargento!

—Sólo soldado, señorita Blondell.

—Está bien, soldado. No me gusta ser considerada como la hija del general.

—Pero lo es.

—Sí. Pero soy también una persona.

—Nadie lo duda.

—Quiero decir una persona con derechos, como todo el mundo. Y entre ellos poseo el de aspirar a una vida independiente. ¡No quiero ser considerada simplemente como la hija de un famoso general!

—¿Por qué no se guarda el discurso para su papá?

—¡Estoy harta de soltarle discursos a mi papá! Y no me sirvieron para nada. Él sigue creyendo que soy una chiquilla de dieciocho años.

—¿Y no lo es?

—¡Soldado, tengo veinticinco!

—¿Está segura?

—¡Claro que estoy segura! ¿Cómo no voy a saber yo la edad que tengo? Y por si tiene alguna duda, tengo un tatuaje.

—¿Ha dicho un tatuaje?

—Sí.

—¿Dónde?

—En la espalda.

—¿Y qué tiene el tatuaje?

—La fecha de mi nacimiento.

—¿Y por qué se lo pusieron en la espalda?

—Un capricho de mi padre.

Pat se rascó detrás de la oreja.

—He visto tatuajes en la espalda de hombres, pero no en la de una mujer.

—Pues ahora lo verá.

Sherry llevaba un suéter y trató de subírselo.

—¿Por qué se está quieto, Pat? Écheme una mano.

Se había subido el suéter de modo que mostraba su cintura desnuda.

—Oh, sí, señorita Blondell, ahora mismo le echo una mano.

Se acercó a la reja y metió la mano por entre ella para subir el suéter de Sherry.

Y de pronto, ésta se volvió con rapidez y cogió uno de los brazos de Pat y lo retorció con rapidez, haciendo palanca sobre los barrotes.

—¡Cuidado que me rompe el hueso!

—¡Se lo voy a partir si no se está quieto!

—¡Ya me estoy quieto! ¡Ya me estoy quieto! ¡Deténgase, por favor!

Sherry siguió haciendo palanca sobre el brazo de Pat, mientras alargaba la otra mano y sacaba la pistola que él tenía en la funda.

Por fin soltó a Pat Summers, pero le estaba apuntando con la pistola.

—No se vaya.

Pat se detuvo frotándose el brazo. Y miró el arma que Sherry esgrimía.

—¡Deje eso, señorita Blondell! ¡Se le puede disparar!

—Sólo se puede disparar si aprieto el gatillo.

—No haga eso con su dedito. Es un dedito muy mono, pero, si apretase el gatillo, sería el dedito de un cadáver porque la ahorcarían, aunque sea la hija del general.

—No quiero que mi delito sea el de un cadáver.

—Estupendo.

—¡Pero dispararé si no me abre la reja!

—¡No puedo hacer eso!

—Tiene diez segundos para abrirme la celda.

—Si lo hiciese, el general me degradaría.

—¿No recuerda que ya está degradado? Es soldado.

—Pues me seguirá degradando.

—Voy a contar hasta diez y si no abre será mejor que aproveche los últimos tres segundos para recordar a su padre. Uno..., dos..., tres...

—¡Señorita Blondell, no me haga a mí esto!

—Cuatro..., cinco..., seis...

—Señorita Blondell, llamaré al general. Le diré que usted tiene triple perforación de estómago. El vendrá aquí y es posible que le deje en libertad. Sólo tendrá que pedirle perdón.

—Siete..., ocho...

—¡Le abro ahora mismo!

Pat cogió un llavero de la pared y empezó nerviosamente a buscar la llave.

—¡Nueve!

—¡Ya está aquí! ¡No dispare!

Pat introdujo la llave en la cerradura y la hizo girar. La puerta de la celda quedó abierta.

Sherry salió, alejándose de Pat.

—Entre, soldado.

—¿Ahí?

—Estará por poco tiempo encerrado. En cuanto vengan a relevarlo le sacarán. ¡Y no rechiste o hay movimientos de dedito!

Pat entró en la celda y Sherry cerró de un portazo. A continuación, retiró el llavero de la cerradura.

—¿Adónde va, señorita Blondell?

—En busca de la libertad —contestó Sherry con un gesto

dramático, como si estuviese interpretando el papel de Juana de Arco.

Corrió hacia la escalera de piedra y subió los peldaños de dos en dos.

Una vez arriba, despasó el cerrojo cuidadosamente y abandonó el sótano en que se ubicaba la cárcel.

CAPÍTULO XI

—Milton —dijo el comandante Mason—, ¿estás dispuesto a venir conmigo?

—Seguro, Richard. Te conozco bien. Apuesto a que has preparado una juerga con dos chicas. ¿Cuál me toca a mí?

—Vamos a Saturno.

—Qué bien —dijo Milton y bebió un trago de whisky y de pronto soltó un bufido y desparramó el líquido por el suelo—. ¿Adónde has dicho?

—A Saturno.

—Un nuevo club nocturno, ¿eh?

—No, Milton, es el planeta.

—Richard, ¿estás bien de la cabeza? ¿Ir a Saturno cuando acabamos de regresar? Oye, si echaste a faltar tu agenda de números telefónicos de chicas, te la quité yo. Y ahora mismo te la devuelvo —sacó la agenda y la entregó a Richard pegándole unas palmadas en la mejilla—. Tranquilo, Richard. Ahí tienes tu harén. Llamé a unas cuantas, pero no me dio resultado. Está visto que sólo tú tienes la patente. Por cierto, me gustaría pasar un rato con esa rubia sueca. Ya sabes, de la que tienes una fotografía. Su nombre está en la K.

—Milton, quiero ir a Saturno. Pero no llegaremos al planeta. Nos detendremos en el Cuadrante 28, en cuanto veamos el planeta desconocido.

—¿Ah, sí? Y nos llevaremos una tortilla de patatas. Creo que te entiendo. Te han entrado ganas de merendar. ¿Y dónde hacerlo mejor que en el planeta desconocido? Si aparece el monstruito que hizo morir de terror al doctor Harvey y al sargento Brian, le podremos ofrecer algo a cambio de que nos deje tranquilos. Tortilla de patatas.

—¿Quieres dejar de decir tonterías, Milton?

—¿Quién de los dos las dice?

—Oye, escúchame bien.

—¡No tengo nada que escucharte!

—El sargento Brian y el doctor Harvey están vivos.

—¿Les han hecho un trasplante de cerebro?

—No, Milton. Continúan en la Morgue.

—Si continúan en la Morgue, están muertos.

—Sólo aparentemente.

—¿Qué quiere decir aparentemente?

—El doctor Harvey estranguló al doctor Connors. Y el sargento Brian hizo lo mismo con el doctor Neuman.

—¡No!

—Sí, Milton. Salieron de los cajones de la Morgue y se pusieron en marcha.

—Con que se pusieron en marcha, ¿eh? Estaban en sus cajoncitos y el doctor Harvey dijo: «*Me voy a cargar al doctor Connors*». Y el sargento Brian tuvo envidia y dijo: «*Y yo me cargaré al doctor Neuman*».

—No me gusta tu humor negro.

—¡Tú eres el que estás haciendo los chistes!

—Milton, ya no se trata de las muertes que han sobrevenido en la Base desde que regresamos. Es algo más importante.

—¿Qué cosa?

—Las muertes van a continuar.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Lo presiento.

—¡Los presentimientos no sirven para nada! Pero si crees que me equivoco, díselo al general.

—Ya se lo dije al general.

—¿Y te autorizó a hacer ese nuevo viaje a Saturno?

—No.

—Por mí el asunto está concluido. No iré contigo a Saturno. ¿Y sabes por qué? Porque no quiero pasarme el resto de mi vida en una prisión militar.

—Oye, si encontramos al monstruo en el planeta desconocido y nos liquida, no pasarás ni un solo día en la prisión militar.

—Caramba, eso es verdad.

—No tienes nada que perder. De lo contrario, si logramos descubrir al monstruo del planeta desconocido, seremos los dos personajes más famosos de la Tierra. Apuesto a que nos invitan a hacer un viaje por los cinco continentes. Ya sabes, nos recibirán triunfalmente en Nueva York, en Londres, en París, en Moscú. Seremos los hombres del día. En todas partes seremos agasajados. Y ya sabes lo que les pasa a las mujeres cuando tienen a un héroe. Se lo rifan.

Milton sonrió mientras se pasaba el dedo por el cuello de la camisa.

—Nueva York..., Londres..., París...,mujeres... ¡Y todas las mujeres a mi alrededor porque soy un héroe!

Richard le dio una palmada.

—Ya empiezo a envidiarte. Hasta pueden elegirte el hombre del año.

—¿Hombre del día...? ¿Hombre del año? —Milton pareció reaccionar y borró la sonrisa de sus labios—. ¡Me estás embaucando! Es una sucia trampa para que te acompañe en ese descabellado viaje. Además, tengo que decirte algo. El cohete tiene que cargar combustible. Nos quedaba muy poco a la llegada.

—Ya está repuesto.

—¿Eh?

—Llené los tanques de combustible.

—¿De qué forma lo conseguiste...? ¡No, no me lo digas! ¡No quiero ser un testigo de cargo en tu juicio, comandante Mason!

Richard exhaló el aire de sus pulmones.

—Tienes razón, Milton. Me estoy comportando muy mal contigo. ¿Por qué comprometerte?

—Eres un tipo estupendo, Richard.

—Después de todo, puedo hacerlo yo solo. Iré a Saturno sin tu compañía. De esa forma te dejaré libre de toda sospecha. Si todo sale mal, recuerda que tú no sabes nada.

Se puso en pie y apoyó la mano en el hombro de Reisner.

—Ah, Milton, como a mí no me hará falta, te lego mi libreta de direcciones.

La arrojó sobre la mesa.

—Milton, cuida a las chicas. Ellas se merecen todo lo mejor. Y si alguna pregunta por mí, dile que en mis últimos momentos la recordé con todo el cariño. Hasta la vista, Milton. Y suerte.

Richard había dicho todo aquello con voz melodramática y luego echó a andar.

Reisner dejó correr unos segundos y exclamó:

—¡Eh, Richard!

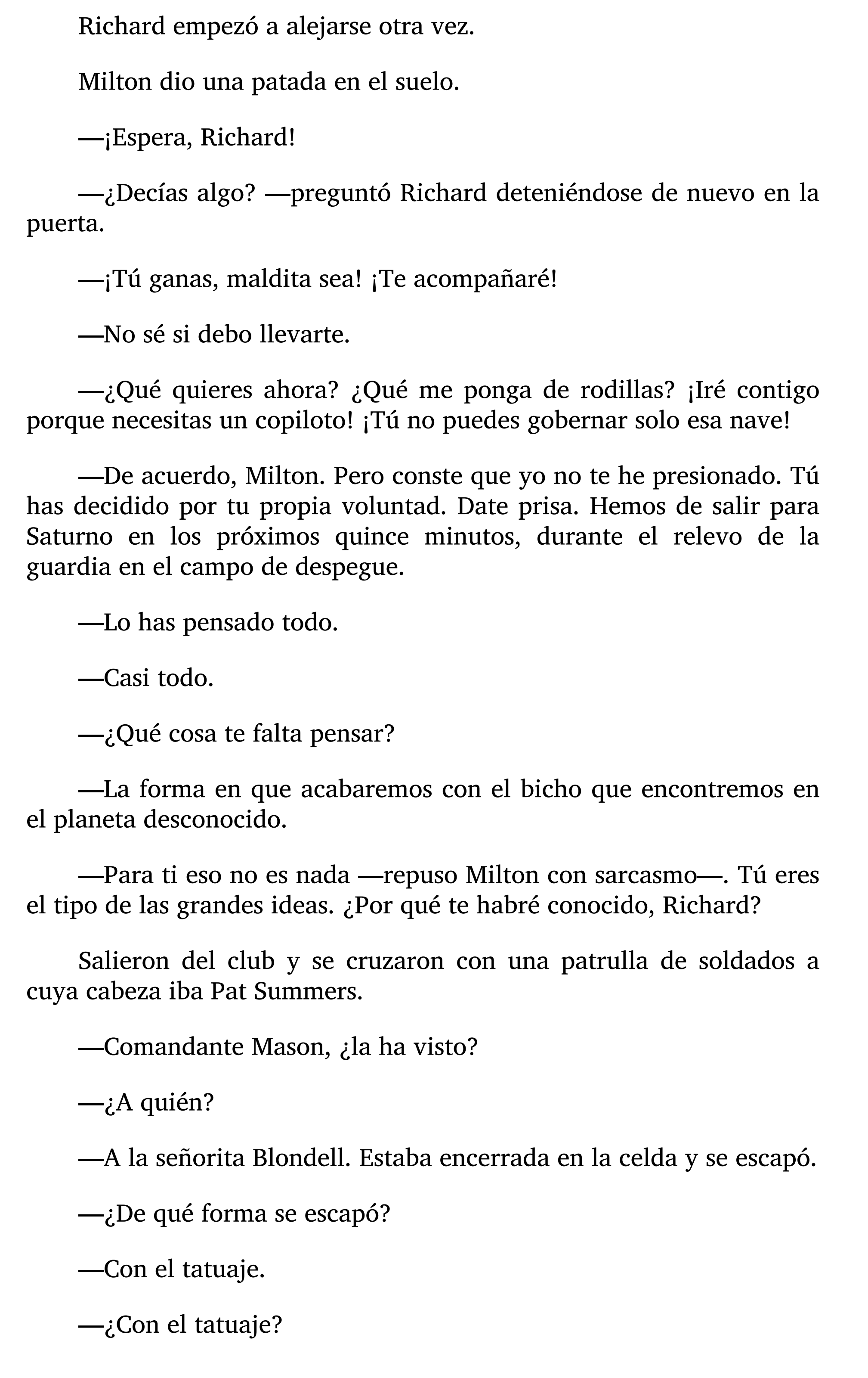
—¿Qué te pasa?

—Tu apartamento. Como lo vas a dejar y no volverás, he pensado si te importaría que me cambiase al tuyo. Ya sabes que tu apartamento me ha gustado siempre más que el mío.

—Oh, sí, Milton. Desde luego. Puedes ocupar mi apartamento. Lo lógico es que no vuelva del planeta desconocido. Recuerda lo que les ocurrió allí a nuestros compañeros. Murieron sin que nosotros les pudiésemos prestar ayuda. Y ahora están en la Morgue, entrando y saliendo y estrangulando. Espero que, con un poco de suerte, no te elijan a ti como víctima.

—¿Cómo?

—Nada, Milton, nada. Valor. Pero toma precauciones. Si puedes dormir con un solo ojo como el general, harás bien. Y ten siempre la pistola a punto y en cuanto aparezcan Harvey o Brian en tu dormitorio, dispara sobre ellos sin pestañear. Aunque, como ya están muertos, no sé cómo te vas a arreglar para matarlos. Pero si logro volver con vida y te encuentro fiambre en la Base, te haré un buen funeral. Será cuenta mía. Palabra.


Richard empezó a alejarse otra vez.

Milton dio una patada en el suelo.

—¡Espera, Richard!

—¿Decías algo? —preguntó Richard deteniéndose de nuevo en la puerta.

—¡Tú ganas, maldita sea! ¡Te acompañaré!

—No sé si debo llevarte.

—¿Qué quieres ahora? ¿Qué me ponga de rodillas? ¡Iré contigo porque necesitas un copiloto! ¡Tú no puedes gobernar solo esa nave!

—De acuerdo, Milton. Pero conste que yo no te he presionado. Tú has decidido por tu propia voluntad. Date prisa. Hemos de salir para Saturno en los próximos quince minutos, durante el relevo de la guardia en el campo de despegue.

—Lo has pensado todo.

—Casi todo.

—¿Qué cosa te falta pensar?

—La forma en que acabaremos con el bicho que encontremos en el planeta desconocido.

—Para ti eso no es nada —repuso Milton con sarcasmo—. Tú eres el tipo de las grandes ideas. ¿Por qué te habré conocido, Richard?

Salieron del club y se cruzaron con una patrulla de soldados a cuya cabeza iba Pat Summers.

—Comandante Mason, ¿la ha visto?

—¿A quién?

—A la señorita Blondell. Estaba encerrada en la celda y se escapó.

—¿De qué forma se escapó?

—Con el tatuaje.

—¿Con el tatuaje?

—Quiero decir con mi pistola. Me la quitó. No se puede imaginar cómo está el general. Dice que, aunque sea su hija, la encerrará cinco años.

—La chica se lo tiene merecido. Pero no puedo ayudarle, soldado Summers. No la he visto.

—Vamos, muchachos —dijo Summers y se alejó con sus acompañantes.

Richard y Milton montaron en un jeep y Richard lo condujo hacia el campo de despegue.

Antes de llegar, vieron el «*Cohete Rojo*». Los motores de estribor estaban en marcha porque no habían cortado la ignición. Eso era cosa de los mecánicos que se ocuparían al día siguiente de revisar el cohete.

—No veo al centinela —dijo Richard.

—Ya debe estar junto al hangar número 1 esperando el relevo.

Richard hizo correr el jeep sin las luces. Milton dijo:

—Si nos descubren, nos la ganamos.

—No seas aguafiestas.

—Oh, sí, es lo que faltaba… Que dijeses tú que vamos a una fiesta. Y no sabemos siquiera lo que encontraremos en el planeta desconocido, suponiendo que esté en el Cuadrante 28. ¿Y si se hubiese largado con la música a otra parte?

—Tiene que estar allí.

—No basta con que tú lo desees.

Aparcaron el coche a un lado del cohete y, amparándose en las sombras, subieron la escalerilla.

Una vez dentro del vehículo espacial, fueron a la cabina de mando y ocuparon cada uno su sillón.

—¿Listo, Milton?

—Listo.

—Cierra escotillas.

—Escotillas cerradas.

—Presión máxima.

—Presión media.

—¡Dije máxima, Milton!

—¿Cómo vas a salir con la presión máxima? ¿Quieres que reventemos?

—Si salimos con la presión media, nos pueden tender la red de la Defensa Pasiva, y nos atraparán como a una mariposa.

—De acuerdo, Richard. Presión máxima.

—Preparados para el despegue.

—Preparados.

—Velocidad tres mil kilómetros por segundo.

—¿Por qué no lo dejas en mil quinientos?

—¡He dicho tres mil!

—¿Por qué me habré metido en esto? ¿Por qué?… ¡Correcto! ¡Tres mil kilómetros por segundo!

—Allá vamos.

—Que el cielo nos proteja y que Dios salve a la reina.

—¿Qué reina?

—La de siempre, la de Inglaterra.

Richard apretó el botón que ponía en marcha los seis motores de despegue.

Se produjo un rugido y el «*Cohete Rojo*» emprendió el vuelo.

De pronto empezó a encenderse una luz roja en el tablero.

Richard estableció contacto.

—Estación de Control Espacial número 1 llamando urgentemente a «*Cohete Rojo*». ¿Quién es el piloto?

—No se oye nada.

—Estación de Control Espacial número 1 llamando a «*Cohete Rojo*». ¿Quién está ahí?

—¿Por qué no grita más?

—¿Es usted, comandante Mason? Juraría que es su voz. ¡Vuelva a la Tierra! ¡Lo esperamos en la Base antes de diez segundos o le lanzaremos las redes de la Defensa Pasiva! ¡No pueden salir! ¡Ese vuelo no está permitido!

—Por favor, no entiendo nada. Debe haber una avería… Corto y fuera.

—¡Nos van a cazar, Richard! ¡Nos van a cazar! —gimió Milton.

—A esta velocidad, no.

El cohete pasó la frontera a miles de kilómetros de la Tierra. Allí estaban instaladas las estaciones satélites desde donde arrojaban las redes. Por una fracción de segundo, éstas no pudieron atrapar al «*Cohete Rojo*».

Richard sonrió.

—¿Qué te dije, Milton? Todo salió bien.

Oyeron un ruido a sus espaldas y ambos pilotos volvieron la cabeza.

Por el fondo de la cabina había aparecido una persona con la que no contaban. Era Sherry Blondell, la hija del general.

CAPÍTULO XII

—Hola, muchachos —dijo Sherry.

Richard gritó:

—¡Piloto automático!

Pero Milton no pareció oírlo porque seguía mirando a Sherry con la boca abierta.

Tuvo que ser el propio Richard quien pusiese el piloto automático y luego se levantó del sillón y se dirigió hacia la joven:

—Sherry, ¿qué haces aquí?

—Estaba dando un paseo por el campo y decidí entrar en el «*Cohete Rojo*» que fue a Saturno para echarle un vistazo. Quiero escribir una crónica sobre el vehículo.

—¡Déjate de tonterías! ¡Estabas en la cárcel y te fugaste!

La joven se humedeció los labios con la lengua.

—De acuerdo. Me escapé porque era una injusticia que me tuviesen presa.

—¿Por qué infiernos se te ocurrió esconderte aquí y no en cualquier hangar del campo?

—Me seguían de cerca y el «*Cohete Rojo*» fue lo primero que encontré a mano.

—Esta aeronave es el último sitio que debías haber elegido como refugio.

—¿Por qué, Richard? —dijo Sherry con voz débil.

—Porque estamos viajando hacia Saturno.

—Oh, Richard, es maravilloso.

—¡Te voy a arrojar en paracaídas!

—Oh, no, Richard. No harás eso.

—Milton, reduce velocidad y anuncia a la Base que les enviamos

un paquete.

Sherry levantó la barbilla.

—¡Yo no soy un paquete!

—Tú eres algo peor, Sherry. Una entrometida que siempre tiene metida su nariz donde no debe.

—Por favor, Richard, ahora no puedo volver a la Tierra.

—¿Por qué no?

—Mi padre ordenaría mi ejecución.

—Allá tu padre con su infanticidio.

—Os acompañaré a Saturno y, cuando volvamos, a mi padre ya le habrá pasado el mal humor.

—¡No hay viaje para ti!

—Siempre he querido ir a Saturno. Quizá sea por lo del anillo. Me recuerda el de las desposadas. ¿A ti no, Richard?

—¡Fuera Saturno! ¡Fuera anillo de matrimonio! ¡Fuera contigo de esta aeronave!

—Cálmate, Dick.

—¡Sólo mi madre me llamaba Dick! ¡Para ti soy el comandante Mason!

—A sus órdenes, comandante Mason.

—Eso está mejor. Pero no te va a salvar. Vete a la cabina de donde has salido. Allí te pondré el paracaídas y te lanzaré al espacio.

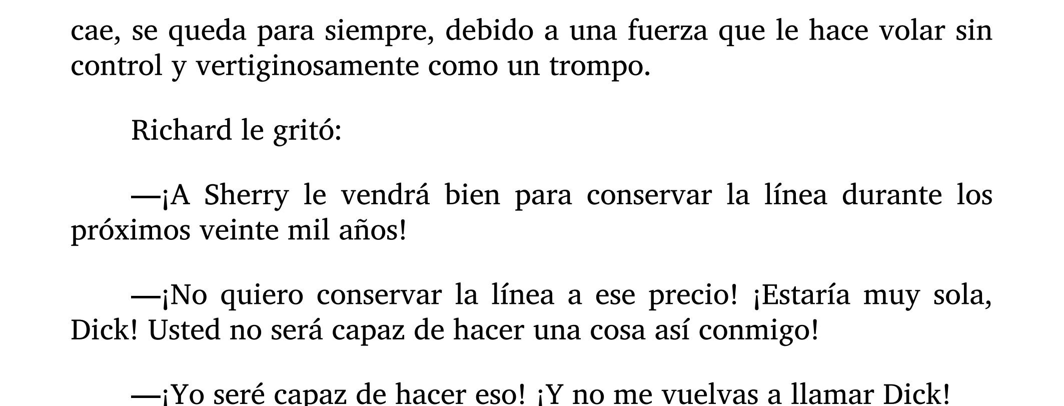
Milton carraspeó.

—Ya no puedes mandarla, Richard. Estamos en la zona del irás y no volverás.

Sherry enarcó las cejas.

Milton le informó:

—En el argot de los pilotos espaciales, es la zona en donde, si uno



cae, se queda para siempre, debido a una fuerza que le hace volar sin control y vertiginosamente como un trompo.

Richard le gritó:

—¡A Sherry le vendrá bien para conservar la línea durante los próximos veinte mil años!

—¡No quiero conservar la línea a ese precio! ¡Estaría muy sola, Dick! Usted no será capaz de hacer una cosa así conmigo!

—¡Yo seré capaz de hacer eso! ¡Y no me vuelvas a llamar Dick!

Sherry cruzó los dedos de las manos e imploró:

—Piedad, hermoso comandante Mason.

—¡Otro calificativo como ése y te arrojo fuera sin piedad!

Sherry sonrió:

—Gracias, comandante Mason.

—Te dejaremos en una de las solitarias estaciones que trabajan con computadores electrónicos.

—Comandante, ¿quiere decir que en esas estaciones no hay nadie?

—¡Absolutamente nadie!

—¿Ni siquiera un enanito?

—No, no hay ningún ser humano.

—Entonces, ¿con quién voy a hablar?

—Con las computadoras. Ellas son muy inteligentes.

—Prefiero ir a Saturno con ustedes.

—No vamos a Saturno, Sherry.

—¿No? ¿Y dónde vamos?

—En busca del planeta desconocido.

—¿Se refiere a ese planeta donde murieron el doctor Harvey y el

sargento Brian?

—Sí, Sherry, el mismo.

Los ojos de Sherry brillaron con más intensidad.

—Oh, comandante, qué feliz me hace.

Richard echó a andar otra vez hacia ella y movió las mandíbulas como si fuese a soltarle un mordisco.

—No sabemos lo que vamos a encontrar allí, Sherry.

—Es el viaje más emocionante de mi vida.

—Existe un alto tanto por ciento de probabilidades de que nos ocurra como al sargento Brian y al doctor Harvey. Recuerda que te lo conté, Sherry. Ellos murieron de pánico porque vieron algo demasiado horrible para soportarlo.

—No se preocupe, comandante. Si vemos algo espantoso, salto al cuello de usted. Y yo sé que usted me apretará bien.

—Yo sólo te apretaré el cuello. ¡Y lo voy a hacer ahora con mucho gusto!

Trató de cazar a Sherry, pero ella saltó rápidamente.

—Comandante, debe guardar sus energías para esa cosa horrible que nos espera en el planeta desconocido.

Milton habló por detrás.

—Richard, creo que la muchacha tiene razón. Ya está aquí y no puedes prescindir de ella. A no ser que decidas que regresemos los tres a la base.

—¡No hay regreso!

Richard observó a Sherry con los ojos todavía llenos de ira.

La joven dijo con voz débil:

—Soy una buena ama de mi casa. Le seré útil, comandante. Sé fregar, barrer...

—¡Tenemos robots que hacen ese trabajo!

La joven se ahuecó el cabello.

—Pero no me negará que entre un robot y yo, hay algunas diferencias.

—Sí, desde luego. ¡El robot lo hace mejor! ¡Y ya basta! ¡Te vas a estar callada! ¿Lo oyes? ¡No te quiero oír una palabra!

—Sí, señor.

—Y cuando lleguemos al planeta desconocido, permanecerás en la aeronave.

—Sí, señor.

—¡Duerme!

—No puedo, señor. No tengo sueño.

Richard se dirigió hacia su sillón.

Milton dio un cómico suspiro.

—Oh, las mujeres, qué hermosas son, ¿eh, Richard? Y qué dulce compañía nos hacen.

—¿Quieres cerrar el pico, Milton?

—Sí, comandante. Desde luego, comandante. Como usted quiera, comandante.

—¡Basta, Milton! ¿A qué distancia estamos del Cuadrante 28?

—Ocho millones de kilómetros.

* * *

El doctor Harvey, en el cajón de la Morgue, dijo:

—Sargento Brian, ¿ha recibido el informe?

—Sí, doctor —contestó el sargento Brian desde el cajón número 15—. Richard Mason y Milton Reisner han partido con dirección al planeta.

—Allí serán bien recibidos.

—Me han dicho que usted me comunicaría la segunda parte del informe.

—Ya la tengo.

—¿En qué consiste?

—Debemos matar al general Blondell.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche. Nos pondremos en marcha en quince minutos.

* * *

—Estamos en el Cuadrante 28 —anunció Milton Reisner.

Richard iluminó la pantalla de televisión en donde se reflejaba el espacio con miles de objetos brillantes.

—¿Dónde estás, planeta desconocido? —dijo Richard hablando para sí.

—Te lo advertí, Richard. Se habrá ido.

—No puede marcharse. Tiene que estar.

—Ya hemos recorrido una buena distancia del Cuadrante 28 y teníamos que haberío visto.

Sherry se había aproximado a los dos pilotos.

—¿Y si se hubiese escondido? —sugirió.

—Caramba —dijo Milton—, ésa puede ser la respuesta. ¿No te parece, Richard?

—Deja de escuchar a personas incompetentes. Desvíate dos grados a la derecha. Y en cuanto a ti, Sherry, te ordené que estuvieses callada. .

—A la orden, Dick, digo comandante Mason.

Milton informó.

—Desviado el rumbo dos grados a la derecha. Pero en la pantalla sigue sin aparecer el planeta.

—Otros dos grados.

—Rumbo corregido nuevamente dos grados.

De súbito vieron aparecer la esfera que tan semejante era a la Tierra.

—¡Ahí lo tenemos! —exclamó Milton.

—Maravilloso —comentó Sherry.

—A mí no me parece tan maravilloso...

Richard apretó los maxilares.

—Preparados para tomar tierra.

—Y que el cielo nos acompañe —agregó Milton. Iniciaron las operaciones para posarse sobre el planeta desconocido.

Entraron en su atmósfera y los cohetes de retroceso cumplieron su misión y poco después sonó un suave golpe.

—Ya estamos, Richard.

Mason hinchó los pulmones de aire.

—Bien, Milton. Vamos en busca de esa cosa horrible.

Richard Mason y Milton Reisner ya estaban pisando la superficie del planeta desconocido.

Se habían posado en un lugar distinto al de la otra vez. Pero el paisaje no había cambiado, rocas y tierra y enormes cactos, algunos de ellos en floración.

Ambos pilotos tenían la pistola láser en la mano, mientras observaban aquel lugar.

—¿Has visto algo, Milton?

—No.

—Yo tampoco. Será mejor que empecemos a andar. Tú hacia el Sur y yo hacia el Norte. Nos volveremos a encontrar aquí dentro de una hora.

—De acuerdo, Richard.

En aquel momento oyeron la voz de Sherry.

—¡No quiero quedarme sola!

Estaba en lo alto de la escalerilla, en la aeronave.

—¿Por qué has abierto esa puerta, Sherry?

—Tengo miedo.

—No tendrás miedo si cierras.

—Prefiero ir con usted, comandante Mason.

—¡Permiso denegado!

—Entonces con Milton.

—No irás con nadie, Sherry. ¡Vuelve ahí dentro y cierra la puerta!

Sherry puso una cara enfurruñada. Finalmente dio una patada y gritó:

—¡Es usted odioso, comandante Mason! —pero entró en la nave y cerró la puerta.

Se dirigió hacia la cabina de mando y observó a través de la pantalla cómo Mason y Milton se alejaban siguiendo direcciones contrarias.

El primero en desaparecer fue Richard Milton, tras de un montículo, y luego lo hizo Richard tras de unas rocas.

Continuó observando aquel paisaje en la pantalla, pero pronto se aburrió.

Tenía hambre. Decidió comer algo.

Se dirigió a la cocina.

En el frigorífico había carne y huevos.

Se decidió por la carne. Eligió un trozo de solomillo de cuatro dedos de grueso. El horno automático hizo el resto. Poco después empezó a despachar el bistec.

De repente oyó un ruido procedente del exterior.

Pensó que sería el comandante Mason o Milton. Pero quienquiera que fuese, regresaba demasiado pronto. Sólo habían pasado unos minutos desde que se fueron. ¿Y si alguno de ellos había sido herido?

Salió de la cocina y corrió hacia la cabina de mando. Se detuvo observando lo que había en la pantalla y creyó que la sangre se le helaba en las venas.

En la pantalla se reflejaba algo horrible, una cosa espantosa. Era un cerebro. Sí, un cerebro como no había visto otro en su vida porque debía pesar un par de toneladas y se sostenía con seis patas.

Podía ver el cerebro latiendo, y las venas que lo surcaban parecían de plástico, y por su interior la sangre regando los tejidos. Había venas muy grandes, por centenares, y muy pequeñas, por miles.

—Dick —murmuró Sherry—. Dick, por favor, ven en mi ayuda.

Una voz le contestó:

—Dick no vendrá.

Había sido aquel cerebro. Pero entonces se dio cuenta de que no había oído ningún sonido. El monstruoso cerebro se había puesto en contacto con su mente. Y la impresión que ella tenía era que le había hablado.

—¿Quién es usted?

—El dueño de este planeta.

—Tanto gusto, dueño... Perdone, estoy muy nerviosa. No sé lo que digo. Es que no esperaba su visita. Palabra que no.

—Quiero verte.

—¿Verme? No necesita verme. Quiero decir que está ahí muy bien.

Sherry pensó que el corazón se le iba a salir del pecho cuando vio que en la parte central del tejido se movían los tejidos. Y por entre ellos aparecía un ojo. Un espantoso ojo con la pupila dorada, y el blanco estaba surcado también por aquellas miles de venas.

—Tú eres una mujer terrícola.

—Sí, señor. Lo soy. Me llamo Sherry y soy la hija del general Blondell, ¿sabe? Es un poderoso jefe de la Tierra. Si usted es el dueño de aquí, mi padre es el dueño de una Base donde hay armas poderosas.

—Juguetes.

—¿Cómo dice?

—Esas armas poderosas son juguetes. Pero muy pronto dejarán de hacerme daño. El general Blondell va a morir.

—¡No!

—Ya he dado la orden.

—¿A quién ha dado la orden de matar a mi padre?

—A ellos, a los hombres que vinieron aquí. Al doctor Harvey y al sargento Brian.

—Oh, no pueden matar a mi padre. Es bastante gruñón, pero le juro que es una buena persona.

—Quieren quitar mi alimento.

—¿Su alimento? Por nosotros se puede quedar con todos los cactos. Voy a hacer más. En cuanto lleguemos a la Tierra, le diré a mi padre que le mande toneladas y toneladas de cactos. Tenemos muchos allí.

—Los cactos no son mi alimento.

Sherry levantó la mano débilmente, donde tenía el sándwich con el filete a medio comer.

—¿Carne?

—Mi alimento son los frutos que da Saturno. Esas muestras que quieren llevarse de allí. Según vuestro lenguaje, son minerales y

vegetales al mismo tiempo. Me he alimentado con ellos durante siglos y es el único lugar donde me puedo aprovisionar. Viajo cada cinco mil años desde la órbita de mi planeta hasta Saturno. Y ahora los seres humanos quieren apoderarse de lo que necesito para seguir creciendo.

—Oiga, ya está usted muy crecidito.

—Seguiré creciendo, seré cada vez más grande. Mi fuerza mental es capaz de mover un planeta. Y con la fuerza mental dominaré los espacios y, todas las galaxias.

—Oiga… Nosotros, en la Tierra, no tenemos el alimento que usted necesita y somos gente pacífica. Hubo un momento en que estábamos a la gresca con nosotros mismos y con nuestros vecinos. Pero ya renunciamos al uso de la violencia. Palabra que lo trataremos muy bien.

—Destruiré a todos los seres humanos.

—Oh, no puede hacer eso.

—¡Acabaré con todos!

Sherry miraba más allá del lugar donde se encontraba el cerebro, esperando que alguno de sus amigos regresase.

Creyó oír una carcajada. Era un efecto del cerebro.

—No, mujer terrícola. Tus amigos no pueden nada contra mí.

—Tienen pistolas láser. Pueden acabar con usted. Será mejor que se marche antes de que ellos lleguen.

Creyó oír otra carcajada.

—El rayo láser no es capaz de destruirme, gracias al mineral que contienen mis alimentos. Mis tejidos, mis venas están recubiertos de algo que vosotros llamáis blindaje.

Sherry quiso ganar tiempo.

—También tiene un rayo paralizante.

—Sé lo que es. Pero tampoco sirve conmigo.

—Pero usted debe tener un punto débil.

—Lo tengo.

—¿Cuál es?

—¿Eres tan estúpida que crees que te lo voy a decir? ¡Abre esa puerta!

—¿Por qué?

—Quiero que formes parte de mi cuerpo.

—¿Cómo dice?

—Te absorberé.

—Ah, no, eso sí que no. Yo pertenezco al reino animal. Le aseguro que no soy vegetal ni mineral.

—¡Te ordeno que abras esa puerta!

—No.

Sherry empezó a sentir un efecto extraño en su mente. Se dio cuenta de que el gran cerebro estaba influenciando en ella.

Apartó los ojos de la pantalla, pero la influencia de aquella cosa horrible no cesó.

Y de repente se dio cuenta de que estaba andando hacia la puerta para abrir.

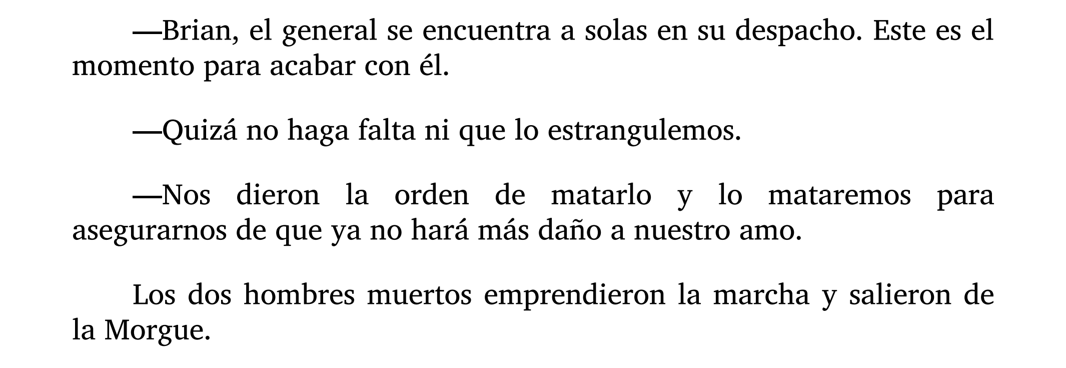
Empezó a gritar:

—¡No, no quiero que me absorba! ¡No quiero formar parte de usted, bicho horrible!

Pero la fuerza poderosa hizo mover sus brazos hacia los pulsadores que ponían en marcha el mecanismo que abría la puerta.

* * *

El doctor Harvey y el sargento Brian salieron del cajón en que cada uno se encontraba en la Morgue del hospital de la Base.



—Brian, el general se encuentra a solas en su despacho. Este es el momento para acabar con él.

—Quizá no haga falta ni que lo estrangulemos.

—Nos dieron la orden de matarlo y lo mataremos para asegurarnos de que ya no hará más daño a nuestro amo.

Los dos hombres muertos emprendieron la marcha y salieron de la Morgue.

* * *

Sherry Blondell ya había abierto la puerta de la aeronave. Retrocedió respirando entrecortadamente.

—Sal, mujer terrícola —creyó oír la voz del cerebro.

—¡No saldré! —contestó.

—Ven conmigo.

Sherry, a pesar de ir contra su deseo, se puso en movimiento y bajó por la escalerilla de la aeronave.

El cerebro se encontraba a unos diez metros, inmóvil.

Cuando terminó de bajar la escalerilla, Sherry gritó:

—¡Por favor, no! ¡Se lo ruego! ¡Se lo suplico! Yo seré su mensajera en la Tierra. Ellos lo dejarán en paz. No le robarán el alimento de Saturno. ¡Se lo juro!

—Nada puedes hacer por tus hermanos. Acabaré con ellos. Es mi sentencia y se cumplirá. Nada ni nadie se puede oponer a mi voluntad. Ven aquí para que te absorba.

Sherry echó a andar de nuevo hacia aquel cerebro enorme, poderoso.

Milton Reisner apareció por la colina.

—¡Sherry, apártate de ahí!

—¡No puedo! ¡Se ha apoderado de mi voluntad y me obliga a andar! ¡No puedo detenerme, Milton!

La joven seguía acercándose al cerebro.

Milton apretó el gatillo de su pistola láser.

El rayo chocó contra el cerebro, pero fue como si lo hubiese hecho contra una poderosa coraza. Se produjo una llamarada y el cerebro no sufrió el menor efecto.

Milton disparó otra vez con el mismo resultado.

Y de pronto su mano saltó en el aire y la pistola se le escapó de los dedos.

Sintió el efecto de un puñetazo, aunque nadie le había golpeado, y se derrumbó. Y ya no pudo hacer más para defender a Sherry y defenderse a sí mismo porque perdió el conocimiento.

Sherry continuó andando hacia el cerebro.

—¿Dónde estás, Richard? ¿Dónde estás? —murmuró.

El cerebro le contestó:

—Aunque viniese este terrícola, tampoco lograría vencerme.

Y justo en ese momento se oyó la voz de Richard.

—¡Sherry!

—¡Dick, no te acerques! ¡Ha acabado con Milton! Él disparó la pistola láser, pero no le hizo ningún efecto. Tiene un blindaje. Pero ha admitido que tiene un punto débil.

—¿Cuál?

—¡No lo sé!

Richard estaba en lo alto de una roca, la pistola láser en la mano, mirando indistintamente al cerebro y a Sherry.

—¡Retrocede, Sherry!

—¡No puedo! ¡Me tiene en su poder!

Richard saltó de la roca y gritó al cerebro:

—No le harás daño. Quiero a esa chica. La quiero y en cuanto salgamos de ésta le pediré que sea mi mujer, ¿me oyes? Es mía. ¡Sólo mía!

—Oh, Dick —exclamó Sherry—, qué maravilloso eres.

Los dos creyeron oír una carcajada. Era el cerebro que les mandaba sus ondas extrasensoriales en las que iban implicadas sus respuestas.

—Ella no será tuya, hombre terrícola. La voy a absorber yo, y luego acabaré contigo. Como acabaré con todos los de tu especie.

Richard disparó su pistola láser.

El rayo, como las veces anteriores, no causó daño en el enorme cerebro.

Richard vio el ojo y mandó el rayo contra él. El láser chocó contra el ojo.

El cerebro emitió un terrible rugido.

Richard sintió en el mismo momento que la pistola volaba de su mano.

El cerebro se movió impulsado por sus seis patas y con ello se apartó de Sherry, pero empezó a acercarse a Richard.

—¡Cuidado, Dick!

Richard comprendió que había acertado el punto vital, el ojo.

Gateó rápidamente en busca de su pistola.

El cerebro se estaba lanzando sobre él. En el ojo tenía una herida por la que manaba sangre a borbotones.

Sherry lanzó un grito de horror.

Richard logró apoderarse de la pistola y se revolvió en el preciso momento en que el cerebro estaba a punto de alcanzarle.

Disparó sobre el ojo.

El cerebro lanzó un rugido más escalofriante que el de antes y se tambaleó. Su ojo era una enorme grieta que derramaba un torrente de sangre.

Y de pronto el cerebro se desplomó.

Richard dirigió todavía otro disparo contra el ojo del cerebro.

Sherry corrió hacia Richard y se echó en sus brazos.

—¡Oh, Dick, lo has logrado! ¡Lo has logrado!

Aplastó su cara contra el pecho varonil.

* * *

El sargento Brian y el doctor Harvey entraron en el despacho del general Blondell, el cual se encontraba de pie ante una pantalla, observando la imagen que transmitían los televisores ubicados en las estaciones interplanetarias.

Se volvió al oír un ruido y quedó asombrado.

—¡Doctor Harvey! ¡Sargento Brian!

El doctor Harvey se dirigió hacia él con las manos levantadas.

—Tiene que morir, general.

—¡Alto, doctor Harvey!

Pero el doctor no se detuvo.

El general trató de escapar por la otra parte, pero el sargento Brian le interrumpió el camino. Eso permitió al doctor atrapar a Blondell.

El general trató de defenderse, pero el sargento Brian ayudó al doctor, y los dos agresores estaban dotados de una fuerza poderosa.

Las manos del doctor apretaron la garganta de Blondell y éste sintió que había llegado su última hora.

De repente ocurrió algo imprevisto.

El doctor soltó al general y retrocedió.

Y al sargento Brian le ocurrió exactamente igual. Se pasó la mano por la cara y empezó a tambalearse.

El general, al quedar libre, se apoyó en la pared y llevó poco a poco aire a sus pulmones.

El doctor Harvey miró perplejo a su superior.

—General, ¿qué estamos haciendo aquí? ¿Qué ha pasado?

—¿No lo recuerda, doctor Harvey?

—El sargento Brian y yo estábamos en un planeta desconocido. Y de pronto vimos… —el doctor se interrumpió.

—¿Qué fue lo que vieron?

—Un cerebro…, algo increíble.

* * *

El doctor Norman Ingram, especialista en neurología estaba dando la explicación:

—El cerebro tenía una fuerza mental portentosa, capaz de emitir órdenes extrasensoriales por millones de kilómetros, y cuyos efectos llegaban más allá de su planeta y era capaz de apoderarse de nuestra voluntad, los humanos. Y eso quiere decir que somos mucho más pobres de lo que imaginábamos. El poder del cerebro era tan grande que podía provocar la muerte aparente. Caballeros, el doctor Harvey y el sargento Brian no estaban muertos. Y por ello pueden estar hoy entre nosotros. Pero yo les aseguro que bien podemos decir que ellos han regresado del Más Allá.

—Y yo también —dijo Sherry sonriendo y luego miró dulcemente a Richard, y él se inclinó sobre ella y la besó en los labios.

—¿Vas a ser mí mujer, Sherry?

—A la orden, Dick, digo, comandante Mason. Volvieron a unir sus labios mientras el general Blondell los miraba satisfechos con su único

ojo.

El capitán Milton Reisner introdujo su mano en la guerrera de Richard y le sacó su agenda de direcciones.

—Que me maten si ahora no pesco a esa sueca que empieza por K.

F I N